27

Los alemanes están siendo tratados como negros

Por entre la bruma apareció Berthold, empuñando un ramo de flores y temblando de frío a pesar de su abrigo de cuello de pieles. A su lado se hallaba Otto Kranzbühler, el directorio y los principales empleados, todos formando un compacto grupo. Habían pasado la noche en los automóviles que les llevaban desde Essen, a más de trescientos kilómetros de distancia, hasta allí. Bertha no estaba presente. No sentía ningún afecto por los yanquis, y se negó a darles la satisfacción de que pudieran saber que había ido a ver la liberación de su hijo, por obra y gracia del *Hoher Kommissar* de Estados Unidos. Bertha Krupp era realmente la persona a la que Eleanor Roosevelt debió haber escrito. El intercambio de esta correspondencia habría sido histórico (1).

Más allá, detrás de Berthold, se veía una camioneta de lavandería. Se trataba de un ardid. La semana anterior, Berthold había adquirido un gran «Porsche» flamante, uno de los primeros —y muy caros— automóviles deportivos que fueron vendidos en la patria del milagro económico. Recoger a su hermano ante la cárcel en un refulgente signo de opulencia no favorecería en modo alguno a la familia, de manera que dejó el «Porsche» en un garaje situado a varias manzanas de distancia, y a semejanza de la improvisada huida de Metternich de Viena, en un carromato de lavandería, procedió a alquilar aquel microbús «Volkswagen», *Schneeweisse Wäsche* decía el letrero en uno de los lados (Lavandería Blanco como la Nieve). Entre la bruma, la blanca carrocería lanzaba fulgores fantasmales, pero el alquilarlo había sido un acierto. Detrás del muro de directores se hallaban virtualmente todos los periodistas, corresponsales extranjeros y operadores de noticiarios cinematográficos de Alemania.

Cuando pudo ver mejor a Alfried, Berthold se dio cuenta de que su hermano no se hallaba en situación de sostener una conferencia de Prensa. Según les había enseñado su padre, un Krupp siempre debe ser *ein Mann mit hochmütigem Auftreten,* (un hombre de altiva apariencia). Alfried parecía hallarse sano y optimista, pero su piel estaba demasiado pálida, y los norteamericanos le habían vestido con unos pantalones de esquiar que le quedaban grandes, y una chaqueta grisácea de burdo paño. Más que un potentado parecía un prisionero de guerra de la Wehrmacht

que regresaba de Rusia. Nada podía hacerse para remediar la palidez carcelaria, y los periodistas iban a describirle como «desgastado». Pero el asunto de la ropa podía solucionarse. Por fortuna, el previsor Berthold había reservado una *suite* en el mejor hotel de Landsberg, donde Alfried podría cambiarse de atuendo.

Mientras los directores contenían a los periodistas, prometiéndoles una conferencia de Prensa una vez que Krupp hubiese desayunado, Berthold trasladó a Alfried hasta el hotel. Después de darse una ducha caliente, el rehabilitado industrial se colocó una camisa de seda, corbata blanca y el traje a medida que Karl Dohrmann había planchado cuidadosamente la noche anterior. Abajo, los preparativos para el desayuno parecían transcurrir admirablemente. El propietario del hotel, herr Schmidt, dispuso una mesa para la delegación de Essen, y otra, más baja, para la Prensa. Nadie podía hacer preguntas a Krupp hasta que hubiera repuesto sus fuerzas y le hubiesen enterado de los últimos acontecimientos ocurridos en el mundo que se extendía más allá de las rejas de la cárcel.

De pronto, Schmidt destruyó la armonía de la escena, que se había preparado minuciosamente. Ante el horror de Berthold, éste vio que un camarero se aproximaba con una botella de champaña. No había sido pedida, sino que era una atención del hotelero, que quería demostrar a Alfried el júblio que sentía aquella mañana todo buen alemán. Cerca de quince años más tarde, Berthold aún se estremecía al recordar el suceso: «Los periodistas estaban mirando, y, naturalmente, escribieron que tomábamos un "desayuno de champaña" *(Champagnerfrühstück)*. Apareció en los titulares de los periódicos de todo el mundo». El propio Alfried murmuró al respecto, en una ocasión: «Dos botellas para cuarenta personas, no era demasiado. Pero míster McCloy se mostró muy disgustado». En efecto, en Francfort el alto comisario se puso fuera de sí. El también pensó en el suceso, y se dijo que un hombre de negocios debía tener más sentido sobre lo que era o no oportuno.

Hacia las 10,45 los platos fueron retirados. Afuera, la calle aparecía desierta en las inmediaciones de la lavandería; los demás prisioneros nazis se marcharon sin que nadie se diera cuenta. Berthold decidió recibir a los periodistas allí afuera, esperando que el frío les desalentara. Pero no ocurrió así, y los peores de todos fueron los reporteros alemanes. Manifestaron que herr Schmidt demostró un gusto impecable y agregaron —inexactamente, ya que la frontera austríaca estaba cerrada para Krupp—, que éste saboreó una espléndida comida «antes de dirigirse al castillo de Blühnbach, donde le estaba esperando su madre».

«Durante la conferencia de Prensa —telegrafió Jack Raymond, del *New York Times*, a su periódico— [Krupp] fue acogido como un héroe que vuelve. Fotógrafos y operadores de noticiarios se congregaban a su alrededor, tomando fotografías desde todos los ángulos, durante casi media hora.» (2). Esas películas y los negativos aún existen. En ellos Berthold tiene un aspecto radiante, Kranzbühler está pensativo, y los directores aparecen ansiosos por descubrir alguna señal de Alfried, algo que les indique lo que él desea que hagan. Pero no hizo nada. Después de casi seis años de cárcel, era el mismo Krupp de siempre: un hombre impasible y con aire un poco aburrido. Tal vez estaba pensando en la calidad del champaña que había tomado.

Mas no pensaba en eso. Sus contestaciones a los más insistentes de los corresponsales revelaron que a un nivel más mesurado que su hermano, Alfried se hallaba tan consciente de la expectación despertada, como Berthold. No se dejó convencer, y durante la mayor parte del tiempo se abstuvo en lo posible de hacer comentarios. Al preguntársele si el Papa y la empresa Bethlehem Steel habían intervenido en su favor, no con-

testó nada. Otro inquirió si tenía algún comentario que hacer sobre la posible participación de los obreros en las decisiones administrativas de la empresa, y él respondió que no tenía nada que decir. Las preguntas sobre sus planes inmediatos fueron brevemente contestadas señalando que las fábricas seguían en manos de los delegados de Alfried. Este soslayó los temas de descentralización y de acciones antimonopolio, y hábilmente señaló que puesto que el decreto de confiscación nunca había sido puesto en práctica, no esperaba ingerencias de la superioridad, ni embrollos legales, ni creía que hubieran problemas de contabilidad.

Algunos periodistas se presentaron con las espadas en alto. No siempre era posible eludir sus acometidas. Uno le preguntó por su condena en el Justizpalast. Alfried respondió serenamente: «*In Nürnberg wurde ich von der Hauptanklage freigesprochen, jedoch zweier leichterer Anklagen schuldig gefunden*» (En Nuremberg me absolvieron de la acusación principal, y me condenaron por dos cargos secundarios). Bien pudieron haber inquirido que por qué consideraba los delitos contra la humanidad como «cargos secundarios», pero al anónimo interrogador se le pasó por alto el asunto. Otro periodista le invitó a que repudiase al Führer. Ahora se cumplía el vigésimo aniversario de la afiliación de Alfried a las SS, y era una excelente oportunidad para romper con el pasado. Krupp se encogió de hombros y declinó la sugerencia: «*Wir müssten noch einmal den ganzen Verhandlungsbericht durchkauen. Ersparen Sie mir das, bitte*» (Habría que revisar todo el expediente del juicio. Por favor, ahórrenme eso). La pregunta más delicada se relacionó con el rearme: ¿Pensaba producir cañones y tanques de nuevo? Si contestaba afirmativamente, Krupp provocaría las protestas de las cincuenta y una naciones que habían declarado la guerra al Reich; si lo negaba, tal vez tuviera que retractarse posteriormente, debido a la crítica situación que reinaba al sur de Seul (3).

Entonces decidió hacer equilibrios sobre la cuerda floja: «Personalmente no tengo intención ni deseos de hacer eso. En realidad, según creo, el problema será resuelto por el Gobierno alemán, y no por mi propio parecer. Espero que los acontecimientos no obliguen de nuevo a Krupp a entrar en el negocio de las armas, pero lo que fabrica una empresa depende, al fin y al cabo, no sólo de las decisiones de su propietario, sino también de la política oficial. Mi vida ha estado siempre determinada por el curso de la historia, no por mí mismo» *(Mein Leben ist immer vom Lauf der Geschichte, nicht von mir selbst, bestimmt worden)* (4).

A continuación, Berthold se llevó a Alfried y le hizo entrar en la camioneta, tomando a los periodistas casi por sorpresa. Cuando se dieron cuenta, Berthold ya había doblado dos esquinas con el vehículo. El cambio de éste por el «Porsche» se hizo sin incidente alguno. Bordeando Munich por las calles secundarias del sur de Dachau, llegaron al pueblecillo de Walsertal al atardecer; allí, en un hotel que daba sobre un hondo valle cubierto por la nieve, les estaba esperando Bertha, que entonces contaba sesenta y cuatro años. Desde Walsertal siguieron en automóvil hacia Berchtesgaden. Blühnbach se hallaba justamente al otro lado de la frontera, y los austríacos seguramente se mostrarían poco complacientes. Una vez que se tratase con el adecuado funcionario vienés en debida forma, Alfried podría volver a ocupar el castillo. Al fin y al cabo, era de su propiedad. Sus deseos eran pasar unas vacaciones activas, esquiando de nuevo en los Alpes. Sin embargo, su primera preocupación fue el Konzern. Alfried tenía enormes deseos de ver las fábricas y lo que podía hacerse con ellas.

Suavemente le recordó Berthold que el regreso no resultaba tan fácil.

Aunque el alto comisario norteamericano había revocado un veredicto de Estados Unidos, Alfried no tenía autoridad en la zona británica. Cierto es que los jefes militares habían evacuado el Essener Hof el otoño anterior, pero Villa Hügel seguía siendo el cuartel general del Grupo de Control Combinado, que supervisaba la producción de todo el carbón del Ruhr. También estaba el asunto de la descentralización. Los Aliados tenían un extraño concepto acerca de los monopolios y el poderío económico. Los abogados deberían ser los encargados de solucionar este asunto (5).

Después de unas prolongadas vacaciones en compañía de Bertha, Alfried se compró él mismo otro «Porsche», éste especialmente acondicionado en la parte mecánica, y regresó a Essen. Justo a los pies de la colina de Hügel, en Frankenstrasse, y tres puertas más allá de un albergue ocupado por oficiales ingleses que trabajaban para el Grupo de Control, Berthold y el tío Tilo habían alquilado una *Drei-Zimmer,* una casa de tres habitaciones. Berthold y el barón amueblaron allí dos despachos, con anterioridad. El tercero sería el de Krupp. Trasladóse Alfried a su oficina, y en compañía de su hermano y de Jean Sprenger inició un estudio intensivo de la Ley 27 de la Alta Comisaría Aliada, la barrera que le impedía volver a ocupar su trono. Los autores de esta ley creyeron que con ella destruirían los grandes monopolios alemanes que habían dominado la industria europea y que alentaron tres guerras en tres generaciones; pensaron que proporcionarían con ello a Alemania empresas competitivas y adecuadas. Krupp, lo mismo que sus colegas, los barones industriales, consideró esto como un acto de fuerza cuyo verdadero fin era reducir el poderío económico alemán. Si seguía vigente esa ley, los mercados de Alemania quedarían dominados por la influencia de Inglaterra y Francia (6).

La aplicación de la Ley 27 fue estricta. A Flick, por ejemplo, le obligaron a vender algunas de sus industrias básicas. La Vereinigte Stahlwerke había sido dividida en trece compañías independientes. Por su parte, I. G. Farben estaba convirtiéndose en un nombre del pasado. Muy pronto el noventa por ciento de las industrias del antiguo Tercer Reich quedaría libre de monopolios, y los directores de Krupp, que atestaron la *drei-Zimmer* en la primera reunión, se mostraron pesimistas. Con desesperanzado tono, Fritz von Bülow declaró: «Es como si echáramos abajo Villa Hügel». Otro director sugirió que vendieran. «¡Jamás! —repuso Krupp enérgicamente—. No venderé a mi gente como si fuera ganado.» De nuevo surgía la palabra: *Stücke.* Pero después de seis años, su significado resultaba bastante singular (7).

Esa misma noche Alfried se dirigió a pie por las sinuosas callejas de Essen que llevaban hacia el parque de Hügel. Una vez en la colina, observó bajo los últimos rayos del crepúsculo el enorme castillo de piedra caliza donde había nacido y donde en distintas ocasiones vio al kaiser, a un vengativo general francés, al Führer y al Duce. Recordó la ceremonia con que se celebró su propia sucesión, bajo la Lex Krupp; los intensos bombardeos de la RAF, y su detención en aquella mañana de abril de 1945. Llevado por un impulso, Alfried avanzó hacia la mansión. Quince pasos más adelante se detuvo en seco. Se hallaba ante un cartel de tres metros de altura que decía:

«*KEINE BESUCHER AUSSER FÜR AMTLICHE ZWECKE!*»

(NO SE PERMITEN VISITAS SI NO ES POR ASUNTOS OFICIALES.)

Volvió entonces la espalda al castillo y descendió rápidamente hacia Frankenstrasse. Al divisar las derruidas paredes de la Gusstahlfabrik, que se alzaban en la ciudad, más allá de Bredeney, se sintió como «un paria entre sus ruinas» *(ein Paria zwischen Ruinen)*, como la víctima de una «tremenda injusticia» *(die Übersteigerung des Unrechts)* (8).

Sin embargo, ya había imaginado que la lucha sería larga y dura; y a pesar de las apariencias, su posición era excelente. A decir verdad, el Kruppstahl ya no era necesario en Corea. Dos días después de la liberación de Alfried, los chinos lanzaron una ofensiva general, pero McArthur les destrozó la vanguardia en cuatro días, y menos de un mes después la ONU ocupaba de nuevo Seul. La contienda quedó en un punto muerto. Sin embargo, la temperatura de la guerra fría se hallaba fijada decididamente en una marca bajo cero, y las tres cualidades tradicionales de la dinastía: calidad, investigación y la fuerza laboral más altamente calificada del mundo, serían indispensables para una Europa militante.

El Ruhr, según la frase de Norman Pounds, se convirtió en «un arma política, un símbolo y una fuente de poderío militar, y potencialmente en la base de una especie de chantaje político». Por otra parte, este instrumento se iba haciendo cada vez más extenso. Excluyendo a la aislada Berlín, Essen era la tercera ciudad de la nueva Bundesrepublik Deutschland del canciller Adenauer: la República Federal de Alemania Occidental. «*Dieu* —observó Voltaire—, *est toujours pour les gros bataillons.*» (9).

También escribió Voltaire: «*L'histoire n'est que le tableau des crimes et des malheurs*». Pero los alemanes que Adenauer gobernaba se negaron a creer que su historia era un conjunto de crímenes y desgracias. Habían sido duramente castigados después de las guerras, y a pesar de ello, su fe en el idealismo, la estabilidad y la fuerza del país seguía incólume. La historia de Alemania, desde sus comienzos, no había sido titulada *Vaterländische Historie* por casualidad (10).

La patria era la tierra donde los padres habían gobernado, donde gobernaron en 1951, y donde lo hacen actualmente. En Essen, donde los Kruppianer se quitaban la gorra cuando veían pasar al indultado Krupp, aquella característica nacional era la mejor baza política con que contaba Alfried. Unos cuatro millones de viudas que lloraban a sus esposos muertos en habitaciones solitarias, y un millón y medio de veteranos mutilados de la Wehrmacht, muchos de ellos pidiendo por las calles, repudiaron la condena de sus jefes guerreros y de su armero. Decepcionados por dos vigorosas figuras en dos guerras catastróficas, a pesar de todo anhelaban vislumbrar nuevos símbolos de severidad, masculinidad y paternalismo. Adenauer les convenía por tal motivo; lo mismo ocurría con Krupp.

El heredero del anacrónico reino feudal cuyas raíces se hundían casi cuatro siglos en el pasado y que había resistido hasta la segunda mitad del siglo XX, Alfried, era tan teutónico como la Selva Negra. Sus compatriotas aplaudían las diferencias que se hacían entre empleados y obreros. Admiraban la reafirmación de la frase dinástica de que «*der Fabrikeigentümer Herr in seinem Hause sein und bleiben müsse*» (El propietario de la fábrica debe seguir siendo el dueño de su casa). Y desde la frontera franco-alemana hasta los límites con los centinelas rusos, en las sierras de Turingia, la gente aprobaba su lema: «*Krupps Reich wird ewig bestehen*» (Siempre habrá un reinado de Krupp). Hasta en la Deutsche Demokratische Republik (República Democrática de Alemania Oriental), los organizadores de la Feria Industrial de Leipzig, al levantar un pabellón para el Ernst Thällmann Werk, agregaron («antiguamente

Krupp») para atraer al público. Toda Alemania se había sentido emocionada ante la demanda de Alfried para un regreso a «*das monarchische Prinzip*», y al antiguo espíritu de Krupp. Incluso había una frase para eso: *der alte Krupp-Geist* (11).

En su despacho de la Vickers, J. D. Scott escribió que la firma británica de armas, a semejanza de Krupp, era «una institución nacional». Luego agregaba: «Y Vickers siente, desde luego, una especie de innata comprensión hacia los esfuerzos de Whitehall, las relaciones con los funcionarios civiles y los ministros, y las operaciones del Gobierno», una concesión que nadie en el Hauptverwaltungsgebäude hizo nunca. Vickers posee tal mentalidad gubernativa, que los veteranos de la guerra reciben allí trato preferente, y al salón comedor le llaman «el rancho». Krupp-Geist es algo bastante más complicado. Innegablemente se produjo un sordo retumbar de tambores en el Ruhr, cuando Alfried fue liberado. Sin embargo, los trabajadores de Ruhrgebiet eran más concienzudos que los obreros de las Midlands —al marcharse, los funcionarios británicos declararon que los Kruppianer eran «industriosos, eficaces, trabajadores con notables conocimientos, que sabían perfectamente lo que debían realizar»—, debido a que consideraban a su patrono desde un punto de vista diferente. Los Kruppianer sentían orgullo ante el recuerdo de las grandes batallas ganadas por las armas de Krupp, pero su fidelidad era más filial que fanática. Krupp colmaba sus anhelos de poseer un fuerte y benévolo *geistiger Vater* (12).

Ese era un Krupp que no habían entrevisto en el Palacio de Justicia, que patrocinaba escuelas de costura y economía doméstica para esposas de obreros, talleres de aprendices para todos los muchachos que comenzaban a trabajar a los catorce años, una biblioteca pública de 85.000 volúmenes, atención médica para todos los habitantes de Essen (comprendidos los empleados de otras compañías), pisos de tres habitaciones a razón de diez dólares al mes para familias que aguardaban la reapertura de los talleres, y espectáculos educativos. Harald von Bohlen ha manifestado que «el nombre de Krupp proyecta lo que en física se llama radiación». Sus oponentes políticos están de acuerdo en ello. Aunque el 52 por ciento de los votantes de posguerra de Essen pertenecen al SPD, Fritz Heine, un antiguo miembro del comité ejecutivo del partido, manifestó pensativamente: «Toda la ciudad se halla aún fascinada por Krupp. Es algo único y asombroso; hasta nuestra propia gente se siente dominada por el hecho. Los trabajadores conjugan esos dos elementos: Krupp y el SPD. No sé cómo lo consiguen, pero el caso es que lo hacen» (13).

En cierta ocasión el autor de este libro se hallaba cenando en compañía de Heinrich Heyer, Albert Gregorius y Hermann Frisch, los tres dirigentes sindicales de la Gusstahlfabrik, todos los cuales eran socialdemócratas. Si había alguien que conociese el ambiente que reinaba en los talleres, eran ellos, precisamente. Entre todos representaban ciento cuarenta y un años de servicio a la Firma. En tal oportunidad, uno dijo solemnemente: «¿Sabe usted?, yo me dejaría matar por Alfried Krupp». Para apreciar el significado de esto, un norteamericano tendría que imaginarse a Walter Reuther diciendo que se dejaría matar por Henry Ford. Hasta los comunistas de Krupp —un tres por ciento del personal—, son diferentes. Al tratar el asunto de los cañones contra Rusia, votaron: «Si la compañía, comienza de nuevo a fabricar armas contra los trabajadores, debemos protestar, pero no hacer huelga» *(protestieren, aber nicht streiken)*. Alfried conocía la razón: «Saben que soy responsable de la continuidad de sus empleos, como los Krupp lo han sido desde mi bisabuelo» *(wie es die Krupps seit meinem Urgrossvater immer waren)*.

De haber creído ellos —como el resto de la República Federal—, en la culpabilidad de Alfried, es posible que su poder de negociación ante los aliados occidentales no habría tenido validez. Pocos le creyeron culpable. Mucho más tarde, una generación más joven de intelectuales alemanes tratarían de comprender la esencia del Gobierno nacionalsocialista con el que Alfried se vio tan profundamente comprometido, si bien los revisionistas nunca han tenido mucha suerte al tratar de penetrar en las interioridades del Ruhr. En fecha tan próxima como en 1964, cuando *Der Stellvertreter* fue representada en Essen, las escenas que describían a Krupp en Auschwitz fueron eliminadas (14). (De nuevo un hipotético paralelo: no podría concebirse una obra de teatro acerca de las huelgas de 1930, presentándola en Detroit con todas las referencias acerca de Ford censuradas. De haber sucedido esto, todos los periódicos del país hubieran publicado la noticia en primera página. Pero en Alemania Occidental los cortes del drama de Hochhuth pasaron inadvertidos.) Un cuarto de siglo después de Stalingrado y del *Endlösung*, los ingenieros de Essen presentaban a Hitler como un fenómeno creado por varios millones de hombres sin trabajo, como un líder nacional que, a pesar de su defectuosa política exterior, sería recordado por su magnífica red de autopistas y por «el «Volkswagen», que él creó personalmente en 1938 en su presente diseño, hasta la disposición de los cilindros». En los dos últimos años de la guerra, desde luego, «Hitler perdió la cabeza». Adviértase que la cordura del Führer había sido perfecta hasta ese momento.

La versión aceptada sobre la actuación de Alfried posee un matiz convencional, y el hecho de que se aceptase en el Ruhr en 1951 fue una realidad de incalculable valor. Algunos de los errores eran manifiestos. Así, se aseguraba que los primeros soldados norteamericanos que entraron en Essen habían sido «mercenarios polacos» destinados a vengar a sus compatriotas de los campamentos de Krupp, afirmándose también que dichos soldados saquearon buena parte de Villa Hügel. En cuanto al proceso de Nuremberg, careciendo de pruebas concretas, los Kruppianer hicieron caso de versiones tendenciosas. Estaban convencidos de que el rearme de la empresa, después de Versalles, fue algo enteramente legal, de que Hitler amenazó a Krupp con la confiscación, si se negaba a construir el Berthawerk, y que Alfried fue sentenciado por el tribunal únicamente por haber fabricado armas. El tema más delicado era el de los trabajadores esclavos. Comprensiblemente, aquellos que habían declarado en contra del Konzernherr se mantuvieron callados o desaparecieron en seguida. Por ello surgió la leyenda de que todos los trabajadores que actuaron como testigos, habían negado el abuso cometido con los esclavos, y que las SS y SD llegaron a criticar a Krupp por alimentar demasiado a los trabajadores extranjeros.

En Alemania, unos antecedentes de prisión constituían motivo de orgullo. En este clima, un industrial manifestó: «Si yo hubiese atacado a herr Krupp públicamente, me habrían echado de mi puesto. Incluso de haber dictado una carta criticándole, hubiera tenido complicaciones con mi secretaria». Un economista de Düsseldorf explicó por qué la descentralización no resultaría eficaz en Essen: «La mayor parte de los alemanes consideran que Krupp tiene derecho a retener su propiedad. Piensan así debido al papel desempeñado anteriormente por Krupp. La opinión pública se pondría en contra de cualquier persona que tratara de comprar propiedades que le obligasen a vender [a Alfried]». Sobre este asunto, escribió la revista *Capitol*: «El Ruhr sigue unido; no podría hallarse ningún comprador».

Los altos comisarios aliados trataron a Alfried con cautela. Los tres estaban ahora comprometidos. Los asuntos de Krupp no podían dejarse

de lado por más tiempo. Las sesiones comenzaron en setiembre de 1951, e iban a durar dieciocho meses. Tuvieron lugar en torno a una mesa larga, de brillante superficie, en Mehlem, el cuartel general de los altos comisarios. Alfried, rodeado por sus abogados y ayudantes, se enfrentó con los grupos norteamericano, británico y francés. Era una escena sin precedentes: después de la mayor guerra de la historia, un ciudadano privado negociaba un tratado de paz con tres de los Aliados. Y Alfried llegó decidido a lograr el mayor provecho posible. Durante la primera entrevista, un funcionario norteamericano entregó a Krupp una pluma y una declaración preparada de antemano:

> «No tengo intenciones de volver a dedicarme a las industrias básicas de Alemania del carbón y el acero [*Ich beabsichtige nicht, wieder in Deutschland in die Grundstoffindustrien Kohle und Stahl zurüzuckehren*], y prometo no utilizar ningún dinero que pueda recibir de la venta de propiedades, o de inversiones de este plan, para adquirir industrias básicas del carbón o el acero en Alemania.» (15).

Ni siquiera valía la pena discutirlo, y Krupp devolvió al norteamericano su pluma y su documento. Manifestó que sus abogados le informaban que tal convenio violaría la constitución de la Bundesrepublik. (Los Aliados no se acordaron de mencionar que la Lex Krupp también había sido anticonstitucional.) En la siguiente conferencia —éstas se celebraban a intervalos regulares, con juntas de abogados en los intervalos—, Alfried entregó una contrapropuesta limitando cualquier compromiso que aceptase, a un plazo de diez años. Allí, como en Nuremberg, insistió en que los procedimientos eran totalmente políticos, e hizo notar que la situación política, según se había demostrado el año anterior, estaba sujeta a rápidos cambios. El acuerdo era una especie de forma de apaciguamiento: «Después de todo, ésta no es más que una declaración política destinada a engatusar a ciertos elementos de la opinión pública, entre la población de las naciones que formaron la coalición contra el Reich». (16).

McCloy aceptó el acuerdo de diez años. En cambio, sir Ivone Kirkpatrick lo rechazó, y lo mismo hizo el alto comisario francés, André François-Poncet, pero con mayor apasionamiento. Sus compatriotas, dijo, sabían bien el tratamiento que habían recibido de los teutones, que últimamente se habían excedido. Mientras que recibieron cuatro mil millones de dólares de ayuda, sólo pagaron menos del uno por ciento del daño causado por la Wehrmacht en Francia; muchos miles de franceses habían sido asesinados entre 1940 y 1945, en tanto que los Aliados colgaron o encarcelaron escasamente un millar de culpables germanos, la mayoría de los cuales, como Krupp, estaban libres de nuevo. De las ochenta mil máquinas herramientas sustraídas de las fábricas francesas, menos de una décima parte fueron devueltas (17).

Krupp se mantuvo impertérrito. Repuso que el Gobierno de François-Poncet tenía en ese momento muchos motivos para oponerse a la descentralización. El carbón de coque del Ruhr era el mejor de Europa; las fundiciones Krupp constituían el mercado natural para los ricos yacimientos de hierro del continente... que estaban en la zona francesa de Lorena. Entonces Robert Schuman hizo una revolucionaria proposición. Hitler había acumulado su carbón; pero bajo el plan Schuman, Alemania vendería carbón a quien se lo solicitara. A cambio de ello, su industria pesada no se desmontaría. El plan sería administrado por una alta autoridad y una asamblea que no fuesen responsables ante ningún Gobierno. Les gustara o no, cualquier economista que hubiese estudiado

la historia de las uniones aduaneras europeas sabía que las fuerzas generadas por Schuman serían centrípetas. Era una época para hacer huevos revueltos, y no para separarlos.

Alfried cedió entonces en su proposición acerca del plazo de diez años, y sir Ivone y François-Poncet hicieron determinadas concesiones. Krupp dio a entender que podría aceptar el principio de separar su industria pesada de sus demás posesiones, y el tira y afloja prosiguió, mes tras mes, acerca de los términos a emplear. «*Stahl-oder- eisenerzeugende Industrie*» era demasiado impreciso, aseguró Alfried. En alemán significaba industrias productoras de acero y hierro, lo que comprendería los talleres de carbono de tungsteno. Widia no era un productor de acero en masa, y Krupp tenía intenciones de conservar la empresa.

Durante un prolongado período todo se desarrolló con gran lentitud, mientras los expertos lingüistas reformaban las frases en tres idiomas diferentes. Por fin lograron crear una «carta de definiciones», que sería añadida al acuerdo final en calidad de apéndice (18). En realidad, este expediente no era necesario, ya que Krupp no tenía intención de someterse a los términos estipulados en el mismo. Posteriormente, y en privado, manifestó que eso era una forma de chantaje *(Art von Erpressung)*, y que con ello se pretendía obtener la firma de un documento que sería utilizado para aplacar a los periódicos de Estados Unidos. El único propósito de Alfried, al negociar con los tres altos comisarios, era poder hacer tantos agujeros como fuese posible en el documento definitivo. Al final iba a dejar éste como un colador.

Durante los dos primeros años de obtenida su libertad, a veces transcurrían semanas enteras sin que se supiera nada acerca del paradero de Krupp. Más tarde algunas de estas ausencias tendrían una explicación, ante el disgusto y la decepción de los negociadores de Mehlem, si bien nadie consideró que fuera algo extraño, ya que Alfried era notoriamente antisocial. Su cuartel general seguía estando en Bredeney, pero postergó su primera aparición en público en Essen, después de salir de Landsberg, durante todo un año. Se presentó con motivo de celebrar sus setenta años Theo Goldschmidt, propietario de una gran compañía de productos químicos, y uno de los barones del Ruhr. La fiesta tuvo lugar en el Kaiserhof de Essen. Karl Sabel, el famoso y hábil periodista del *Westdeutoche Aligemeine Zeitung* abordó a Alfried. Dijo que deseaba saber la opinión que tenía el Konzernherr de los bombardeos Aliados a la población civil alemana. La respuesta adecuada hubiera sido que fueron una atrocidad. Alfried, en cambio, movió la cabeza y dijo: «Todo eso ha pasado ya; tenemos que olvidarlo; debemos seguir adelante» (19).

Lo cierto es que él no tenía la menor intención de olvidar. Su humillación en los campos de concentración británicos y en Nuremberg, el estigma de una condena como criminal de guerra, seguían doliéndole interiormente, y un día se pondrían de manifiesto. Pero es evidente que hablaba con sinceridad al decir que quería seguir adelante. Además, no podía odiar intensamente en esa época, porque, entre otras cosas, Alfried estaba enamorado. Poco después de su liberación comenzó a salir con la joven que había conocido como fräulein Vera Hossenfeld. En esto Alfried estaba entrando en algo que iba más allá de su experiencia. Se hallaba acostumbrado a su altiva madre, a su primera esposa, a las características *Hausfrauen,* vestidas con mal gusto y que trataban a sus maridos como semidioses. Vera pertenecía a un nuevo tipo de mujer. Hermosa, menuda, con rostro en forma de corazón, atrayente figura, inclinación hacia las aventuras y carente de complejos, impresionó profundamente

a Krupp, quien se mostró indefenso contra tal mujer. Esta era capaz de cazarlo, y lo hizo.

Los antecedentes familiares de Vera —algo tradicional en estos casamientos— eran oscuros. Según parece su padre fue vendedor de seguros. Sin saberse cómo la presentaron a algunos solteros que constituían un excelente partido, entre los que se contaba cierto barón Langer, quien le propuso el casamiento y fue aceptado. Pero al poco tiempo Vera dejó a su esposo y se casó con cierto Frank Wisbar. Este no tenía título alguno, pero trabajaba en el cine y esto resultaba interesante, sobre todo cuando él propuso a Vera que podían intentar hacer fortuna en Hollywood. Por desgracia, ni Frank ni Vera leían mucho el periódico. El prestigio alemán estaba muy bajo en California, y herr y frau Wisbar comprobaron que les cerraban las puertas de todos los estudios cinematográficos. Vera se vio obligada a aceptar un empleo como vendedora en unos grandes almacenes. Pero las chicas inteligentes como ella están destinadas a comprar, y no a vender. Poco después abandonó los almacenes para trabajar en la recepción de un médico antiguo refugiado de guerra, el doctor Krauer, quien era un hombre ocupado, rico y que ya estaba naturalizado norteamericano. Frank seguía recorriendo aún los estudios en vano. En un triple juego brillante, Vera se divorció a su vez de él, y volvió a Alemania con un grueso fajo de billetes en concepto de pensión, con un nuevo peinado, un baúl lleno de vestidos de última moda, y un paquete de cartas que recibiera de un convicto de la prisión de Landsberg (20).

Alfried se hallaba contento, en general. No puede decirse menos de un hombre que resurgía tras haber visto sus propiedades arrebatadas, su familia diezmada, y que luego de multarle con quinientos millones de dólares le encerraban en una celda con un cazo de hojalata. Lo mismo ocurría con una muchacha que había sobrevivido a su boda con un barón alemán, a un Reich desacreditado, a la búsqueda en el negocio del cine, al trabajo en una tienda de Los Angeles y a tratar con los pacientes de un médico. Ambos hicieron pronto buenas migas, y se casaron en Berchtesgaden el 19 de mayo de 1952. En algunos aspectos este episodio fue parecido a la fuga de Krupp después de su desayuno con champaña en el hotel de herr Schmidt. Berthold, que se había convertido en el Otto Skorzeny de la familia, dispuso la camioneta de una panadería para el traslado de los recién casados hasta la alcaldía, sobornó al alcalde para que mantuviera la boca cerrada después de la boda, pidió al propietario del parador más elegante de Berchtesgaden —Freddi Stöll, el antiguo campeón de esquí—, que actuara de testigo con su mujer, y estacionó el potente coche deportivo de su hermano ante la puerta, para que la partida fuese rápida (21).

Antes de que pudiera correrse la voz, la boda había concluido. Durante la cena en el comedor del parador (originalmente decorado con botellas de vino Chianti), el novio entregó a la novia quince tulipanes, una docena de rosas y el título de propiedad del «Porsche» más caro que había en el mercado. Ella, que llevaba un traje claro, un pañuelo a rayas en el cuello y un sombrero que parecía una mina detonadora torcida, manifestó que Alfried era el único hombre al que había amado. El sonrió gozoso ante estas palabras. Freddi tomó una fotografía del momento. Aunque parezca increíble, ahí tenemos a Krupp con aspecto de hombre realmente feliz. Después de unas breves despedidas, se marcharon a la carrera. El motor del «Porsche» rugió, y Alfried inició la marcha montaña abajo al lado de una mujer de turbulento pasado, que acababa de recibir el asombroso nombre de frau Vera Hossenfeld von Langer Knauer Krupp von Bohlen und Halbach.

La luna de miel fue prolongada. Así debía ser, ya que Alfried aún no había elegido su vivienda, y en algún momento Vera debió de recibir la impresión de que iban un poco errabundos. Tanto es así que durante el primer año de casados se trasladaban casi constantemente entre Mehle y cinco residencias distintas. Como sede fija, tenían la casa de Bredeney, con la que se hicieron Berthold y Jean Sprenger, y habría resultado ideal, pero a decir verdad estaba superpoblada. Jean había ampliado su estudio de escultor, y el hermano de Jean se había casado, mudándose allí también. En consecuencia, los novios de Berchtesgaden vagaban entre Bredeney, Blühnbach, Walsertal, el antiguo pabellón de caza de Fritz Krupp, situado en las proximidades de Coblenza, y una finca que Alfried alquiló en Hösel, pueblecillo entre Kettwig y Ratingen, a unos veinte minutos de Essen. Los ingleses quitaron de Villa Hügel su cartelón de bienvenida, si bien eso no importaba demasiado. Vera echó una mirada a la fachada norte del castillo y se mostró descorazonada. Alfried no pretendía vivir allí, de todos modos, pero por razones simbólicas esa debía seguir siendo su residencia oficial. La vida diaria de ambos, sin embargo, se desarrollaría en una mansión de menor tamaño, ultramoderna, que se estaba construyendo en el interior del parque (22).

A semejanza de su bisabuelo, Alfried había elegido personalmente el lugar, así como los trabajadores que alzarían el edificio. Con quince habitaciones y cinco criados, sin contar los guardaespaldas, Alfried consideró que él, Vera y el garaje de coches de carrera de ambos, llevarían una existencia cómoda. Ella se mostró de acuerdo, si bien no sintió tanto entusiasmo acerca de la decisión que tomó Bertha de abandonar Austria e instalarse en Villa Spingorrum, una antigua casa de ladrillos rojos en el número 10 de Berenberger Mark, a sólo cuarenta y cinco metros de donde vivían los recién casados. La anciana no necesitaba más que una criada, y por nada del mundo habría abandonado a su hijo. Vera ya comenzaba a murmurar a una amiga: «*Seine Mutter Bertha hat ein zu strenges Hausregiment geführt*» (Su madre Bertha lleva la disciplina de la casa como un tirano) (23).

Nadie notaba los roces dentro de la familia, ya que la nueva pareja viajaba mucho. A Vera le gustaba la vida nómada, y en ese período de la vida de Alfried, ella fue la perfecta esposa y acompañante, preparando diestramente la reaparición de su marido en la vida pública. Cuando Irmgard volvió a casarse en Dortmund con un terrateniente bávaro, el 19 de junio, Vera acompañó a Krupp hasta su reclinatorio, y con desenvoltura ayudó a su tímida cuñada a convertirse en frau von Bohlen und Halbach Raitz von Frenz Eilenstein. (Irmgard no era tan frágil como parecía; durante los siguientes diez años tuvo seis hijos, y a la larga demostró ser una hábil administradora de la hacienda de su esposo.)

El siguiente golpe de Vera fue realmente brillante. El 4 de julio, el gran Consulado de Estados Unidos en Düsseldorf abría tradicionalmente sus puertas a todos los norteamericanos del Ruhr, y como ex esposa del naturalizado doctor Knauer, Vera se consideró una compatriota, y arrastró tras ella a su larguirucho y pensativo esposo. Fue una maniobra diplomática, y los alemanes se mostraron muy complacidos en general, lo cual no dejó de sorprender al Consulado; esto hizo que las reuniones de Mehlem fueran algo menos tensas. Aunque Alfried se hallaba tan incómodo en público como lo estuviera Alfred Krupp, eso era importante para él. Mientras Vera le llevaba a las exposiciones, conciertos e inauguraciones, esta leyenda tomó cuerpo. Hay que admitir que el cuerpo era delgado, pero resistente. En los archivos de la familia hay una fotografía del Konzernherr pasando ante un gigantesco busto de su abuelo, descubierto en Kiel durante esos años, en honor del «largo tiempo que Frie-

drich Alfred Krupp fue miembro del Club Imperial de Yachting de Kiel, siendo miembro del cual participó en numerosas regatas, antes de la Primera Guerra Mundial». Alfried aún parece más pétreo que Fritz en la foto, pero la multitud de alemanes que se apiña al fondo parece evidentemente complacida (24).

Cuando quedaba solo con sus aparatos —había veces en que Vera realmente le abandonaba, deambulando por las tiendas elegantes de la Königsallee de Düsseldorf y atiborrando su «Porsche» con todo lo adquirido—, Alfried se distraía con sus nuevas cámaras fotográficas, escuchaba a Wagner o visitaba el Essener Hof como lo habían hecho Gustav, Fritz y Alfred antes que él. El hotel no le había sido devuelto aún, pero un conocido hotelero lo había vuelto a decorar, modernizando las instalaciones. Las salas y estancias públicas fueron restauradas a su anterior estilo del siglo XIX. En consecuencia, volvieron los horrorosos adornos de la época del kaiser, y por eso allí, rodeado de barrocas balaustradas, escaleras sinuosas, tapices de grandes proporciones y muebles macizos, Krupp se sentía como un verdadero Krupp (25).

Una noche del verano de 1952 este atiborrado alojamiento fue tomado al asalto por el más singular invitado de su larga historia, un oriundo de Pomerania, de treinta y ocho años de edad, llamado Berthold Beitz. Este era un producto del *Wirtschaftswunderland.* En la antigua Alemania, en cambio, nunca habría llegado a sobresalir. Hijo del cajero de un Banco de Greifswald, estaba ya trabajando de cajero él también cuando estalló la guerra. Ingresando en la Compañía Shell alemana de Hamburgo, logró evitar ir al frente al tener que administrar los yacimientos petrolíferos de Boryslav en Polonia, recién ocupada. Después de concluida la contienda, su carencia de filiación como miembro del partido nazi le permitió conseguir un puesto en la administración de seguros de la zona británica. Aunque no conocía nada del negocio, prosperó astutamente, contratando ex nazis con experiencia en los seguros, que trabajaron para él. Al terminar el bloqueo de Berlín se había convertido en gerente general de la compañía de seguros Germania-Induna, y en cuatro años las ventas de seguros de su empresa subieron desde sexto al tercer lugar en el negocio del ramo de la Bundesrepublik (26).

Apuesto, extrovertido y parlanchín, Beitz, no mantenía en secreto su admiración por *die neueste Madison-Avenue-Mode.* Cuando sus rivales le bautizaron desdeñosamente como «*der Amerikaner*», él gozosamente difundió el apodo, y decidió aprovecharlo. Vistió trajes de franela gris, se hizo aficionado al jazz *(jazzsüchtig)*, y al hablar empleó el *slang* de Estados Unidos. Toda propuesta que llegaba a su escritorio recibía el sello de «OK» o, en caso negativo, el de «KO». Afectuosamente describió a su madre como «*ein tough baby*». En una nación que veneraba los títulos y las formalidades, Beitz insistía en una agresiva falta de protocolo. Disponía de un breve discurso para sus nuevos empleados: «*Nennen Sie mich einfach Beitz, wenn mir Ihre Arbeit gefällt, werde ich Sie beim Vornamen anreden*» (Llámeme Beitz. Si estoy satisfecho con su trabajo, le llamaré por su nombre de pila) (27).

De haberle dado a elegir en ese verano —que era el segundo de libertad para Alfried—, *der Amerikaner* hubiese preferido sin duda quedarse en su casa de Hamburgo, escuchando a Louis Armstrong o a Muggsi Spanier, golpeando acompasadamente sobre sus relucientes zapatos. Para él aquel renovado Essener Hof era tan animado como un cementerio. Pero el estudio de Jean Sprenger se hallaba en la ciudad, y Beitz, a fin de asombrar a los anticuados hamburgueses, había encargado a Sprenger que esculpiese un desnudo de tres metros de alto para el nuevo edificio de cristal de la administración de la compañía Germania-Induna. Inca-

paz de soportar una aburrida noche en Essen, si no tomaba su aperitivo en agradable compañía, Beitz invitó a Sprenger y a Berthold von Bohlen a que se reuniesen con él a la hora de la cena. En la habitual mesa de Alfried, situada a la izquierda de la chimenea del salón del hotel, Berthold preguntó a Beitz si le gustaría conocer a su famoso hermano. «OK», dijo Beitz, sonriendo. Más tarde recordó: «Después de todo, yo era joven, y el nombre de Krupp tenía un sonido mágico *(einen magischen Klang)* para mí» (28).

Berthold dijo que arreglaría la entrevista en pocos días. Evidentemente, no se dio cuenta de que había prendido la mecha que lentamente terminaría por demoler el antiguo edificio que había sobrevivido al kaiser, a la ocupación francesa, al Führer, a las Reales Fuerzas Aéreas, y a Nuremberg.

En Mehlem, los tres «chantajistas» de Washington, Londres y París se hallaban menos impresionados por el *Klang* del apellido de Alfried, y seguían insistiendo en que éste debía renunciar a privilegios que él consideraba propios de su herencia. Los negociadores trataban de mantener mutuamente la calma, pero en cierta ocasión, una ronca voz desde el lado del grupo de Krupp murmuró: «*Die Deutschen werden wie Nigger behandelt!*» (¡Los alemanes están siendo tratados como negros!). Alfried, para cambiar de tema rápidamente, pidió a sir Ivone que le devolviesen trescientos setenta objetos de arte que, según le informaban los criados, habían sido robados de Villa Hügel. Un indicio de la actitud aliada fue el hecho de que Whitehall puso inmediatamente un agente tras las pistas de ellos, y logró recuperar la mayor parte de los objetos. Para setiembre de 1952 los acuerdos básicos del tratado se habían establecido ya. Cada uno de los cuatro hermanos y hermanas de Alfried, así como su sobrino, recibirían diez millones de marcos (2.5 millones de dólares) en efectivo o en acciones de dos de sus compañías, Capito und Klein (acero laminado) de Düsseldorf, y la Westfalische Drahtindustrie (trafilado), de Hamm.

Todos los hijos de Bertha, con excepción de Alfried, compartirían la propiedad de Klausheide, una pequeña factoría de semillas cercana a la frontera belga, en el lugar donde Gustav tuvo su fracaso agrícola, propiedad que también sería compartida por el joven Arnold, y que había recibido el nombre de su padre en memoria de su heroísmo en la Luftwaffe. Los fondos de Harald se mantendrían en reserva hasta que le soltasen los rusos, si ello sucedía alguna vez. Bajo la Ley 27 de la Alta Comisaría Aliada, todas las compañías de carbón y acero alemanas quedarían fuera del control de Krupp. Este podría conservar sus intereses en las fábricas de locomotoras y de camiones, y en los astilleros. Para compensarle las pérdidas, recibiría 25 millones de libras esterlinas (70 millones de dólares) (29).

Cuando se anunció esta decisión, en el mes de octubre, los muros del Parlamento británico temblaron. «Las protestas suscitadas por la decisión de McCloy fueron especialmente violentas, sobre todo en la Prensa inglesa —escribió Alistair Horne en el *Daily Telegraph*, de Londres—, pero no fue nada en comparación con el furor que se alzó cuando la Alta Comisaría Aliada se vio obligada a revelar... las condiciones de su plan para "liquidar" el imperio de Krupp.» Un caricaturista del *Sunday Pictorial* representaba a Alfried mirando a través de un bosque de humeantes chimeneas, mientras la figura de la Muerte le empujaba con sus dedos descarnados. En la Cámara de los Comunes, el ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, capeó como pudo el torrente de preguntas,

limitándose a culpar al Gobierno laborista, que, según declaró, había ayudado a la compensación. La Ley Aliada, dijo luego, no preveía la confiscación, fantasía ésta que pasó inadvertida para el partido contrario al Gobierno (*). En realidad, la ley requería efectuar un pago (30).

Aunque aquello no era muy convincente, Eden siguió hablando: «Es propósito del Gobierno asegurarse de que herr Krupp no podrá vender sus acciones para volver a la industria del carbón o el acero... Los medios para conseguir tal fin están tratándose en Alemania entre la Alta Comisión y el Gobierno Federal». Krupp no contestó directamente, pero ordenó a Hardach, actuando como portavoz suyo, que hiciese una declaración describiendo todas las tentativas de privarle de sus minas y fundiciones, como «una barrera que va contra la Constitución alemana, una negativa de los derechos humanos ordinarios, y una supresión de la libertad del comercio». Esto provocó otro tumulto en Inglaterra. En el día del armisticio, James Cameron publicó una polémica en el *Daily Mirror*, bajo el encabezamiento «EL PERRILLO FALDERO DE LA GUERRA AUN ESTA LADRANDO PARA QUE LE HAGAN JUSTICIA», y en la Cámara, Clement Davies de nuevo suscitó el tema de las compensaciones. «La restauración de suma tan considerable de dinero a la familia cuyas actividades tanto ayudaron a Hitler, ha asombrado profundamente a todo el mundo», manifestó, agregando luego: «Puesto que Krupp ha sido inculpado de emplear trabajadores esclavos y de quitar la propiedad de otros, ¿no sería posible entregar algo de su riqueza a las gentes que tanto han padecido?» (31).

Era una pregunta comprometedora, y como muchos de los que habían sufrido tenían abogados, asimismo, el asunto tomó el cariz de complicar a Alfried hasta el fin de su vida. Por desgracia para las víctimas, su caso no valía de mucho en la guerra fría, en tanto que la opinión de los alemanes y la pericia técnica de Krupp resultaban muy útiles. Por ello, después de un intervalo de casi cuatro meses, el Tratado Krupp quedó redactado en su forma final. El *Definitionsbrief* estipulaba que a Krupp se le prohibía

> «...*legierten Stahl auf irgendeine andere Weise herzustellen als in kleinen Quantitäten, wie es Eigenart der Unternehmen sei, die im Besitz von Alfried Krupp bleiben.*»

> «...fabricar aleaciones de acero bajo cualquier fórmula, exceptuando pequeñas cantidades eventuales para las empresas que sigan siendo propiedad de Alfried Krupp.»

Esto sería efectivo asimismo para el «laminado en caliente del acero». Sin embargo, en la carta de definición se establecía:

> «...*die Produktion von Widia ist nicht als Teil der stahlerzeugenden Industrie anzusehen.*»

> «...la fabricación de Widia no debe ser considerada como parte de la producción de acero.» (32).

Luego seguían las cláusulas en letra pequeña. Las minas Hannover-Hannibal y Constantin der Grosse, de Bochum, ambas pertenecientes a Krupp, serían transferidas a depositarios que, bajo determinadas circuns-

---

(* La ley n.º 10 del Consejo Aliado de Control, fechada en Berlín el 20 de diciembre de 1945, y firmada en nombre del Reino Unido por el mariscal Montgomery, especificaba la «confiscación de propiedades» sin condiciones. (**Official Gazette of the Control Council for Germany**, Berlín, 1946).

tancias, podrían venderlas a compradores extranjeros. El resto de la industria pesada de Alfried se agruparía en un conjunto que sería conocido como el Hütten—und Bergwerke Rheinhausen Dachgesellschaft. Esta sociedad anónima entraría en posesión de todas las siderúrgicas del Konzern, así como de sus minas de carbón y yacimientos de hierro; la fábrica de Rheinhausen, las vetas carboníferas de Rossenray, Rheinberg y Alfried, y las minas de Gewerschaft Emscher-Lippe.

El capital de la sociedad sería de 12.792.000 dólares en acciones comunes, y 7.466.000 dólares en bonos convertibles, todo ello administrado por tres respetables *deutsche Theuhänder*: el ex canciller Hans Luther, Herbert Lubowski, y Carl Goetz, banqueros sin pasado nazi. Por una comisión del 0,5 por ciento, estos depositarios deberían vender las acciones de la compañía a «personas independientes», dentro de un plazo de los cinco años siguientes al próximo 31 de enero. Si no se habían presentado compradores para entonces, las empresas serían ofrecidas al mejor postor. Los únicos compradores excluidos eran el propio Krupp, miembros de su «inmediata familia, o... personas actuando en su nombre». Los Kruppianer que trabajasen para las «propiedades segregadas», como se las conocería, podrían comprar hasta el diez por ciento de las acciones y bonos de la sociedad anónima (33).

Alfried seguía siendo multimillonario. Entre sus recursos financieros se contaría un 24 por ciento en concepto de derechos sobre el carbón extraído de las minas de Rossenray y Rheinberg, que, bajo administración británica, rendía anualmente un beneficio de 830.000 libras esterlinas, o sea 2.324.000 dólares. Y si bien se le privaba de la base de materia prima, seguía siendo el único propietario de los talleres, fábricas, astilleros y otros recursos. *Fortune,* al analizar las cláusulas y subcláusulas del convenio, sacó en conclusión que «el reino de Krupp fue dividido, no vertical, sino horizontalmente» (34). De todos modos, Alfried quedaba dueño de una fortuna calculada en 140 millones de dólares. Ya no era un magnate tan fabulosamente rico como lo fue con el Tercer Reich, pero es que éste también había desaparecido. Sin embargo, estimado en cualquier moneda, y a cualquier cambio, Krupp era uno de los hombres más ricos del mundo. De todos modos, después de la firma de Mehlem, el 4 de marzo, dio la impresión de que le estuviera vedada la posibilidad de volver a reunir el antiguo poderío económico de la dinastía.

A pesar de ello, incluso entonces hubo manifiestas dudas. En la Bundersrepublik se estudiaron con todo interés los informes relativos al *Neuordnung* de Essen, y por sus propios periodistas alemanes se enteraron de lo que los corresponsales de otros países habían pasado por alto: «El acuerdo que [Krupp] se vio obligado a firmar no hacía alusiones a ninguna obligación de abstenerse de producir armas *(der Rüstungsproduktion)* en el futuro». Era una extraña omisión, y suscita graves dudas acerca de los motivos de este olvido por parte de los negociadores aliados. Después de lo de Nuremberg, podría creerse que esta condición tendría preferencia a cualquier otra. La cláusula del Widia, además, suministraba otra escapatoria. Tomada literalmente y en su totalidad, permitía a Krupp producir tanto acero como quisiera. Sólo tendría que comprar materia prima a otros barones del Ruhr, y dejar que abogados competentes redactasen los contratos. Eso habría sido una evasión del convenio, desde luego, pero un hombre al que habían llamado «perrillo faldero de la guerra», y cuyo personal consideraba que les estaban «tratando como a negros», no iba a echarse atrás ante cualquier treta o artimaña. Alfried ha sido siempre un tergiversador, pero sabía perfectamente que para el mundo, Krupp significaba herramientas de guerra. Cuando leyó a Vera la larga lista de productos de paz que producía, ésta se mostró asom-

brada. «¿Por qué no sabe eso la mayor parte de la gente?», le preguntó. «¿Por qué no se lo dices tú? —repuso él, y agregó suspirando—; Nadie te creería. Todo el mundo piensa que hacemos armas, sólo armas, incluso los alemanes.» (53).

Sus compatriotas, en efecto, estaban orgullosos de su *Waffenschmiede*, pero el resto de Europa mostraba más recelos. Uno de los problemas era el propio nombre de la familia. Norbert Muhlen manifestó al respecto:

> «Krupp no es un nombre grato al oído. Dígase como se diga, suena como el disparo de un cañón [*der Schuss einer Kanone*], el estallido de un proyectil [*die Explosion eines Geschosses*], el estruendo de un tanque Tigre [*das Donnern eines Tigerpanzers*]; en resumen, suena como todos los mortíferos productos fabricados en las cadenas de montaje de Krupp durante un siglo de guerras.» (36).

Resignado con las invectivas del exterior, y animado con la aprobación alemana, Alfried sintióse en libertad de considerar el acuerdo de Mehlem como más le conviniese. Su independencia estaba respaldada por otros defectos del documento. El plazo que se había estipulado, de cinco años, no tenía significado alguno. Si el comprador consideraba las condiciones inaceptables, Krupp podría solicitar que se prorrogase el término... mientras controlaba su carbón y su acero a través de la sociedad anónima y gracias a la lealtad de los Kruppianer. Legalmente no habría manera de obligar a la celebración de una subasta. Bajo el enmendado estatuto de ocupación, Bonn se volvía cada día más autónomo. Ya los periódicos alemanes comenzaban a preguntarse acerca de Mehlem: «¿Puede el súbdito de un Estado soberano firmar la entrega de su heredad a tres potencias extranjeras?» Dos abogados del Haupterwaltungsgebäude que estuvieron presentes en Mehlem afirmaron que no podían hacerlo. Uno llamó al acuerdo «un trozo de papel», y el otro dijo: «Una promesa hecha a la fuerza, no es promesa».

El lema *Pacta sunt servanda* (los tratados deben ser observados), es una de las piedras angulares de la estabilidad internacional. Pero la floreciente Bundesrepublik no veía la forma de poner en práctica los estatutos aliados que obligaban a los industriales alemanes a «desconcentrar» *(entflechten);* ya la Autoridad Internacional del Ruhr, de la ocupación, había sido suplantada por la supersoberana Autoridad del Carbón y el Acero europeos. En consecuencia, Adenauer no dio plenas seguridades respecto a Mehlem, y por ello, los altos comisarios exigieron serios compromisos personales por parte de Krupp. El mantener su palabra, dijeron al canciller, era «una obligación personal y moral» de Alfried *(seine persönliche und moralische Verpflichtung).* Y Alfried les hizo creer que esto era cierto. Al cabo de una semana de haber firmado y sellado el pacto, Krupp concedió una de sus escasas entrevistas exclusivas a Ian Colvin, del *Sunday Express*, de Londres. Entre otras cosas le dijo: «He firmado y me he comprometido a no producir carbón ni acero, y lo cumpliré» *(ich werde mich daran halten)* (37).

Un año más tarde Krupp repitió su decisión ante Henry Luce, en presencia de Vera, durante una comida en el aeropuerto de Londres. Luce le creyó entonces, y más tarde no le perdonó el engaño. Pero había algunos escépticos. Colvin advirtió que Krupp agregaba con aire ausente: «Hay una cláusula en el convenio que permite su revisión, si los Aliados lo consienten» *(falls die Alliierten einverstanden sind)* (38). Ahora sabemos que esto significaba que Alfried solicitaría una ampliación, y luego

otra, y otras más... hasta el fin de su vida. Pero en aquella época esta posibilidad pasó inadvertida. Gordon Young, de la Reuther, manifestó que los altos comisarios habían aceptado «bastante ingenuamente» la palabra de Alfried. En realidad, lo que habían aceptado era un compromiso verbal. Por increíble que parezca, Alfried ni siquiera estaba en Mehlem el 4 de marzo. La fecha podía ser adecuada para los tres altos funcionarios, pero Krupp consideró que sería más interesante llevar a su encantadora esposa a las pistas de esquí de una lejana estación invernal suiza. Otro podía firmar en nombre del Konzern. Hay algo de absurdo en todo esto. A pesar de ello, *The Times*, de Londres, al apoyar un pacto cuya firma principal se hallaba ausente, arguyó: «La gran fortuna de herr Krupp no es en sí misma una prueba especial de culpabilidad».

Krupp deseaba en el fondo volver a poseer su imperio intacto, y creyó haber dado con el hombre que le ayudaría a conseguirlo. Cuando Berthold hubo mencionado a Alfried el nombre de Beitz, Sprenger declaró: «Es realmente un hombre extraordinario, que se ha hecho a sí mismo; tiene treinta y siete años, y es *Generaldirektor* de una firma de seguros. Podrás hacer algo con él». Alfried preguntó si Beitz volvería a ver la estatua terminada, y el escultor asintió. Entonces Krupp sugirió que los tres se reunieran a tomar unas copas en el estudio de Sprenger. A las bebidas siguió una cena en el Essener Hof, y rápidamente se forjó una amistad entre Krupp y Beitz. Los dos iban a esquiar a Saint Moritz casi todas las semanas. Nunca se mencionaban los negocios, pero una tarde, mientras estaban tomando whisky, Bertha Krupp, la última mujer de Europa de quien uno pudiera esperar verla calzando botas de esquí, se presentó sin saberse cómo, y mientras su hijo se hallaba momentáneamente en otro lugar, se reunió con Beitz y comenzó un largo y hábil interrogatorio acerca de su carrera. Más tarde esto fue seguido de una visita protocolaria de Bertha a Erna Stuth, la madre de Beitz. «Aquello no fue idea de Bertha —recordó más tarde Tilo von Wilmowsky—, sino de Alfried. Este no consultó con nadie; yo ni siquiera supe lo que pensaba hasta que fue un *fait accompli*. [Alfried] valoraba la intuición de su madre acerca de los vínculos de sangre.» (39).

Todo esto precedió a la firma del Tratado de Krupp. El 25 de setiembre de 1952, cuando el asunto de Mehlem estaba aún en gestación, el extravagante Alfried y su mujer Vera se hallaban cenando con el matrimonio Beitz y Jean Sprenger en el reconstruido hotel Vier Jahreszeiten, de Hamburgo, que daba a las oscuras aguas del Binnet Alster. Vera y Else Beitz se hallaban charlando animadamente en el bar Cuatro Estaciones con el rubio escultor, cuando Alfried cogió por un brazo a *der Amerikaner* y le invitó a pasear por el puerto. En otra noche, habría sido una sugerencia razonable, pero aquella velada, justamente, la proposición resultaba extraña, ya que llovía a cántaros. Vera y Jean cambiaron un guiño; una vez que los dos hombres se hubieron marchado, sus esposas y Sprenger se echaron a reír, ya que tenían una idea de lo que iba a pasar. Beitz no sospechaba nada. Más tarde recordó: «*Offen gesagt, ich nahm an, er wollte wegen einer Anleihe nachfragen*» (Si he de ser sincero, creí realmente que iba a pedirme un préstamo). Estuvieron andando hasta la medianoche, mojándose cada vez más. Las rayas del pantalón de franela gris de Beitz habían desaparecido, y sus rodilleras parecían bolsas llenas de agua, cuando el Konzernherr dijo al fin: «Creo que usted y yo podemos trabajar juntos. ¿Querría trasladarse a Essen para ayudarme a reconstruir mi empresa?» *(meine Firma wiederaufzubauen?)* (40).

Al explicar sus motivos diez años más tarde, Alfried dijo: «Teníamos fábricas por toda Alemania Occidental, y debíamos pensar en algún modo para obtener de ellas la mejor producción. Necesitábamos una nueva

forma de pensar, especialmente a la luz de la amenaza de descentralización. Eramos como caballos con viseras, las que cada vez se hacían más grandes. Sencillamente, debíamos conseguir a alguien que careciese totalmente de viseras. Sabía que necesitaba un hombre que estuviera totalmente libre de la "mentalidad del acero"; cuanto menos supiera de éste, tanto mejor. Y le encontré más o menos por azar» *(mehr oder weniger per Zufall).*

Aunque desconcertado, Beitz fue lo suficientemente astuto como para preguntar por las condiciones. El Konzern, le explicó Krupp, era muy distinto a cualquier otra empresa industrial. Había una junta de directores, pero su función se limitaba a ejecutar las instrucciones del único propietario, y si Beitz se unía a él como delegado, los directores aceptarían también las instrucciones de Beitz. El alcance de su actuación sería ilimitado, con tres excepciones: «Primero, no se fabricarían armas. Segundo, no se contradeciría la decisión de los Aliados, en cuanto a la venta de las acciones del carbón y el acero. Tercero, la compañía debía seguir siendo una empresa familiar» *(Familienunternehmen)* (41).

Beitz repuso que tendría que pensarlo algunos días, lo que terminó de convencer a Alfried de que había hecho una elección acertada. Pero lo cierto es que Beitz no quería pensarlo, sino que deseaba obtener informes. Para él, como para la mayor parte de los alemanes, Krupp era una leyenda un tanto borrosa. No sabía más de él de lo que sabe el francés medio acerca de los taxis de París, los británicos sobre la City, y los norteamericanos sobre el FBI. Beitz deseaba hechos, cifras, datos. A la mañana siguiente llamó por teléfono a su amigo Axel Springer, potentado alemán del periodismo, y le pidió que le enviara todos los recortes que tuviera acerca de la Firma; Beitz los estudió cuidadosamente, leyó con toda rapidez los libros que pudo hallar acerca del Ruhr, sus perpectivas y las posibilidades del Konzern. Por fin, llamó a Essen y dio a Krupp su respuesta: *Ja, ich bin einverstanden, wenn mein Aufsichtsrat mich gehen lässt* (Sí, lo haré si mi junta de directores me deja en libertad) (42).

Los directivos del Germania-Induna se mostraron remisos en dejar ir al *Amerikaner.* Dijeron que éste tenía un contrato con ellos, y que éste debía cumplirse. Pero los contratos expiran, y ése tardó un año en hacerlo. Beitz telefoneó a Krupp manifestándole que estaría preparado para presentarse en el Hauptverwaltungsgebäude en noviembre de 1953.

El soberano exiliado volvió a entrar formalmente en su capital el jueves 12 de marzo de 1953, ocho días después de la promulgación del Tratado de Mehlem, ocho años más tarde de su detención en Villa Hügel, y exactamente un siglo después que el rey Federico Guillermo IV de Prusia concediera una patente para llantas de acero a Alfred Krupp. Este tenía entonces cuarenta y un años. Alfried contaba cuarenta y cinco, y su bisabuelo se hallaba presente en su mente conforme su chato auto de carreras trepaba por las estrechas callejas de la ciudad antigua, pasaba ante el Essener Hof, y se encaminaba hacia Altendorferstrasse sobre el empedrado de la calzada. Algunos de los ancianos Kruppianer que se hallaban entre la multitud que le acogía con aplausos, recordaron al viejo espantajo, al verle. Uno de esos obreros, señalando a la estatua del *Kanonenkönig,* gritó: «*Nehmen Sie ihm den Bart ab, und Sie glauben, es ist Herr Alfried!*» (¡Afeitadle las patillas, y es herr Alfried!) (43).

El *Westdeutsche Allgemeine Zeitung* describió como «festiva» a la multitud que se apiñaba en las aceras, y así era, en efecto. Los niños agitaban banderitas con tres anillos negros entrelazados. Las *Hausfrauen* arrojaban flores al paso del automóvil y hacían reverencias, mientras Vera, bron-

ceada por el sol de Saint Moritz, lo observaba todo, maravillada, al lado de su marido. Este asintió levemente cuando uno de los obreros gritó: «*Lang lebe das Krupp-Reich!*» En su fuero interno, en cambio, se hallaba conmovido. En el exterior del Haupverwaltungsgebäude escuchó el discurso del Oberbürgermeister de Essen —un antiguo obrero de Krupp, ya retirado, que administraba aquella metrópoli de 695.000 almas—, expresándole respetuosamente la gratitud de la ciudad, y el gozo que sentían todos al dar otra vez la bienvenida a su ciudadano más distinguido. Luego, volviéndose hacia el directorio allí reunido, Alfried dijo serenamente: «Creo que pasará medio siglo, o más aún, antes de que volvamos a estar de pie, pero nunca dudé de que el día de nuestra recuperación (*der Tag eines neuen Aufstieges*) acabaría por llegar» (44).

Allí sus palabras eran como las de Gustav, quien, llevando a cabo el rearme secreto, a espaldas del Tratado de Versalles, había resuelto «no perder la esperanza... sino pensar en un futuro más brillante». Los directores de Krupp se mostraban ahora menos optimistas. Después de haber besado la mano de la nueva frau Krupp, se retiraron al destartalado salón de reuniones con el único propietario, y declararon que la Firma apenas si podía tenerse en pie. Era indudable que los vítores de las calles resultaban reconfortantes, pero la mayoría de ellos eran interesados. Las cifras de Friedrich Janssen demostraban que había 16.000 obreros activos y otros tantos parados. Luego enseñó otro escrito según el cual sólo con una inversión de cerca de dos mil millones de marcos (475.000.000 de dólares) Fried. Krupp de Essen volvería a su pujanza de 1943. Eso quedaba fuera de toda discusión (45).

El rostro de Alfried se ensombreció. No había *nada* que no pudiera discutirse: «En mi vida nunca he sabido lo que era un imposible» *(Ich habe den Begriff Unmöglichkeit in meinem Leben nie kennegelernt)*. Estoy convencido de que debo seguir la última voluntad de mi bisabuelo, aunque ésta tenga un centenar de años. Queda prohibido el derrotismo. *Meine Herren*, llevo en este negocio diecisiete años. Estoy seguro de la recuperación de la empresa» (46).

Janssen, que llevaba en el negocio treinta y cinco años, no pareció estar muy de acuerdo. Pero Krupp tenía una ventaja sobre su directorio. Mientras éstos estuvieron estudiando hojas de balance e informes estadísticos, él se aplicó a observar el perfil económico del mundo. Un armisticio en Corea se hacía inminente. Al cabo de un año todos los países serían un mercado abierto para los productos pesados de la paz. Si bien necesitaba más capital, un Krupp siempre podía encontrar crédito, y Bonn se mostraría con tantos deseos de colaborar como lo había hecho Berlín. La política así lo exigía. El nuevo canciller acogería con agrado un Ruhr próspero, y ciertamente no iba a enemistarse con la dinastía. En consecuencia, Alfried seguía mostrándose optimista. Cuando un ejecutivo sugirió una moratoria sobre el pago de pensiones, Alfried replicó ásperamente: «*Nein!*» Comenzarían por pagar a los trabajadores retirados el cincuenta por ciento de sus pensiones, y subirían al ciento por ciento al cabo de un año. Esas pensiones eran la mejor inversión de la empresa. Para demostrarlo, Alfried les condujo afuera y envió a buscar a Hermann Waldeck, un veterano del SPD con cincuenta años de antigüedad en los talleres. Señalando hacia las ennegrecidas ruinas de la Gusstahlfabrik, Krupp preguntó al anciano si creía que volverían a levantar de nuevo aquellas paredes. Waldeck gruñó: «*Gewiss, wir sind ja alle immer noch Kruppianer*» (Claro que lo haremos. Al fin y al cabo, somos Kruppianer) (47).

Comenzando al día siguiente, Alfried apeló al antiguo *Krupp-Geist*, y aludió a los artesanos que habían aprendido su oficio en los talleres del

Konzern. Ahora tenía poco que ofrecer en materia de salarios; a pesar de todo, el número de trabajadores se duplicó, volvió a doblarse, y siguió creciendo a un ritmo de un millar al mes. Para ellos, aquel sostenimiento de los subsidios de paro fue una prueba de que Alfried era *ein echter Krupp.* Algunos de sus subordinados pensaron que el apego a la tradición sería más fuerte entre los alemanes ancianos. Sin embargo, ocurrió lo contrario. El departamento de personal informó que los hombres con más responsabilidades pedían el pago de horas extras y beneficios marginales. Los jóvenes, en cambio, sólo querían trabajar para Krupp.

Sin embargo, raramente veían al Konzernherr. Durante aquel primer año de su restauración, Alfried y su mujer se dedicaron de nuevo a sus misteriosos viajes. Pero no se trataba de vacaciones. Volando en su propio avión una vez más, Krupp visitó Londres por vez primera en diecisiete años, llevó a Vera al Savoy Grill a cenar, y a la mañana siguiente ambos partieron hacia las Bahamas. Nadie sabía con exactitud adónde se había marchado la pareja. Lo cierto es que habían sido invitados a la propiedad de Axel Wenner-Gren, un influyente financiero sueco, amigo de la familia y de inclinaciones germanófilas. En la clandestinidad de los años veinte, Wenner-Gren fue útil para Gustav. Ahora Alfried sugería que colaborase en un juego de fábricas secretas que produciría un terremoto en Fleet Street.

Una vez obtenida la aprobación del financiero, Krupp alzó el vuelo de nuevo, ahora para «inaugurar una exposición alemana» en Ciudad de Méjico —en realidad iba a entrevistarse con unos millonarios argentinos—, para luego trasladarse a Dublin cruzando el Atlántico. Nadie podía entender lo que iba a buscar a Irlanda. Dijo que le atraía el paisaje; lo cierto es que deseaba examinar unos yacimientos de mineral. Al regresar a Londres, los Krupp asistieron a la exhibición aérea de Farnborough, sólo para comprobar de lo que disponía la RAF por aquellos tiempos. A ello siguió una comida de tres horas de duración con Henry Luce, y esto dio por resultado un artículo de primer orden en el *Times*: «La casa que construyó Krupp». (48). En efecto, la casa de trescientas habitaciones, que construyera Alfred Krupp en la década de 1870, era una vez más propiedad de su biznieto.

Dos semanas después de la vuelta oficial de Alfried a Essen, Villa Hügel fue escenario de la primera reunión de posguerra de la familia. Se hizo con motivo de la confirmación de Arndt von Bohlen, que contaba quince años, en la *Evangelische Kirche.* El rito careció de significado religioso. El último Krupp que alabó a Dios con dedicación plena fue Margarethe, quien donó la tierra para aquella iglesia. Alfried ofreció ahora un órgano, pero eso era sencillamente una atención del Primer Estado hacia el Segundo. Las ceremonias del 29 de marzo de 1953 son interesantes, porque reunían al padre y al hijo, y al mismo tiempo daban a Bertha ocasión de aparecer junto a su nueva hija política en público. Habiendo repudiado a Anneliese Barh en el pasado, por ser divorciada, la reina madre difícilmente podía aprobar una nuera que lo era por triplicado. Vera desplegó su atractivo ante Arndt, lo que podía constituir un presagio. Anneliese, que permaneció en su finca de Tegenersee, se había hecho bastante más mundana en los últimos años. Una de sus íntimas amigas era ahora Mady Rahl, una rubia artificial, actriz de cine, que gozó de una enorme popularidad en la corte de Hitler, y a través de Mady el muchacho se enteró de que los hombres muy adinerados pueden gozar de satisfacciones desusadas. A pesar de todo, Mady no era igual que Vera. Al ser presentado a la segunda esposa de su padre, Arndt se enfrentaba ante su espectacular futuro (49).

Mientras tanto, la última frau Krupp, al aproximarse a su imperial

suegra, echó una ojeada a su propio destino. La conquista de un joven impresionable era un asunto fácil para ella. Ganarse a Bertha era realmente lo que contaba, y la primera confrontación resultó un desastre. Vera salió derrotada, mortificada, burlada. Un segundo jaque mate se produjo algunos meses más tarde, sobre el mismo tablero de ajedrez. Beitz acababa de aparecer en la escena familiar, chasqueando los dedos y canturreando el Dixieland, y para impresionar a la gente con una opulencia que la empresa no poseía, propuso un desfile de modelos de Christian Dior en Villa Hügel. Alfried consultó con su madre, y tras algunas vacilaciones, Beitz ganó. Luego, el desfile de modelos se convirtió en algo así como un triunfo personal de Bertha Krupp.

«Ese fue el día —dijo Beitz al autor de este libro—, en que me di cuenta de que Bertha era *die grosse Bertha,* no *die dicke Bertha.* Su grandeza se iluminaba con su sentido del humor. Le divirtió que los periodistas fuesen a verla a ella, y no a las atrayentes muchachas que pasaban los modelos.» Y debe hacerse constar que además de eclipsar a las jóvenes que desfilaron, lo hizo con su propia nuera. Vera se había pasado un día entero en el salón del *Kosmetiker* más caro de Düsseldorf, sometida a masajes y baños turcos. Nada podía competir con su atuendo de Pucci, diseñado exclusivamente para ella. Y sin embargo, allí quedó, sola, junto a la esculpida escalera, sin que le prestasen la más mínima atención. Era ahora la dueña de la casa, y la Prensa le hizo tan poco caso como si fuera una más de la servidumbre (50).

La situación pudo ser resuelta por su marido, mas por desgracia para ella, no estaba allí en ese momento. Desde Mehlem, Vera le veía cada vez menos, y sus largas ausencias eran otro motivo de disgusto. Como explicó más tarde una amiga comprensiva, Krupp «trabajaba demasiado, para el gusto de ella» *(für ihren Geschmack hatte Alfried Krupp zuviel gearbeitet).* Londres, Nassau, Méjico y Dublin fueron viajes interesantes para ella. Pero en Alemania, Alfried estaba siempre ante su escritorio, en compañía de Beitz, o bien se iba a Bonn, o cruzaba el río hacia la bruma grisácea de Rheinhausen. Hasta cuando iban los dos a Düsseldorf, la única verdadera ciudad del Ruhr, para Vera, su marido evitaba la Königsallee y Flingestrasse, y no salía de los despachos de otros negociantes. Al serle reprochada esta actitud, Alfried evocó la figura de Alfred, que ella aún no alcanzaba a comprender. Como Konzernherr, afirmó su marido, debía pensar en sus Kruppianer.

Establecido el *monarchische Prinzip,* Alfried no tenía otra elección, y explicó pacientemente a su mujer que aquello no era la General Motors ni la Du Pont. En la Firma no había accionistas, y todo dependía de él. «Pero, ¿por qué no vender?», protestó ella. El la miró como si hubiera pronunciado una blasfemia. Acababan de descubrir que hablaban lenguajes diferentes. Vera no veía la razón de que un hombre se sacrificara día tras día, cuando podía extender un cheque por cien millones de dólares. Krupp, en cambio, consideraba el dinero como algo carente de importancia. Y, ampliando aún más el abismo que les iba separando, tenían poco tiempo para hablar de aquellos asuntos. «Para Alfried la Firma lo era todo», dijo Jean Sprenger, que actuaba como confidente de ambos. «Ser un Krupp es algo muy importante. Exige plena dedicación.» Alfried presentaba las cosas a su mujer desde este punto de vista. Ella, en cambio, le preguntaba por qué nunca iba a un concierto, ni leía un libro ameno, ni asistía a una fiesta con gentes realmente agradables y divertidas. El le contestaba, sencillamente: «Un hombre como yo, que lleva una vida como la mía, tiene poco tiempo libre» (*hat sehr wenig freie Zeit)* (51)

En Estados Unidos esto pudo dar resultado. Ella no tenía hijos y podía

acompañarle en sus viajes por la Bundesrepublik. Pero en la patria las mujeres se quedaban en casa. Al asistir a una fiesta oficial, Vera sufrió la humillación de verse presentada como «frau Cook» por un anfitrión que ni siquiera imaginaba que ella tuviese algo que ver con Krupp.

Hasta las distracciones eran principalmente de tipo masculino. Al estudiar la fiel reproducción, por parte de Fritz Krupp, de los métodos de Alfred, el biznieto de éste se dio cuenta de lo mucho que el Grosse Krupp había confiado en Longsdon. El representante británico de la Firma era ahora Klaus Ahlefeld-Lauruiz, un conde danés domiciliado en la Eaton Square, de Londres.

El *alleinige Inhaber* solicitó el consejo del conde, y Ahlefeldt sugirió partidas de caza en los fines de semana. La caza era una actividad de grupos reducidos, que permitía la reunión de hombres influyentes en un ambiente libre de compromisos. Por desgracia para Vera, aquellas partidas eran sólo para hombres. Cuando Krupp perseguía aves salvajes con los embajadores norteamericano y británico en Bonn, en los antiguos cotos de caza del abuelo Fritz, podían ir con él Beitz y Ahlefeldt, pero no así Vera. Por aquella época Alfried botó su yate, el *Germania V,* en el mar del Norte. Desde entonces no se perdió una regata. Su mujer, en cambio, no asistió a una sola.

Según la costumbre del Ruhr, el papel de Vera debía limitarse a las actividades que se desarrollaban entre las cuatro paredes de su casa. Pero ella prefería investigar en los negocios de Alfried. Todas las mujeres norteamericanas suelen mostrar gran interés por la carrera de su esposo. Pero en el Ruhr eso resultaba fuera de lugar. A pesar de ello, Vera no se dejó intimidar, y siempre estaba preguntando sobre los negocios a su marido y a los ayudantes de éste. Una de las pocas ocasiones que hubo una reunión mixta, fue en la fiesta con que se inauguró la casa de doscientos mil marcos de los Krupp, en Berenberger Mark. Todos los barones del Ruhr se presentaron en Hügel Park aquel día, junto con los financieros más opulentos y los supervivientes de la antigua nobleza. Sus respectivas esposas habían sido educadas para observar fielmente las reglas que fueran establecidas por un consejero de la Kaiserin, más de medio siglo antes:

> *«Die Töchter aus gutem Haus sollten ein gutes Französisch lernen, Manieren bekommen und tüchtige Hausfrauen werden.»*

> «Las hijas de buena familia deben aprender debidamente el francés, se les enseñará modales, y también a ser buenas amas de casa.»

Los Hossenfeldt no pertenecían a la nobleza, el francés que sabía Vera hubiese causado risa en el puerto de Marsella, y jamás había frito un huevo. Por consiguiente, mientras las demás mujeres charlaban animadamente acerca de decoración y economía doméstica, frau Krupp seguía a herr Krupp por todas partes. Eligió uno de los peores momentos. El presidente de una de las instituciones bancarias más importantes de Europa había llegado desde Hamburgo en aquella ocasión. Según el banquero explicó diez años después, «estaba procurando hablar de negocios con Alfried. Se trataba de un asunto sumamente delicado, pero no nos podíamos quitar de encima a su mujer. Sencillamente, no se marchaba, quería enterarse de todo lo que hacía él. Al fin, me encogí de hombros y dejé el tema para otra ocasión. Era algo importante, y que interesaba más a su firma que a la nuestra. En ese momento creo que él hubiera dado cualquier cosa por verse libre de ella». En esto el banquero se equivocaba.

Los miembros de la familia están todos de acuerdo en que el Konzernherr se hallaba profundamente enamorado de ella. «Era de nuevo como lo de Anneliese —manifestó un anciano criado de Hügel—. La única vez que le vi sonreír, después de la guerra, fue cuando estaba con frau Vera.» (52).

«Sie verbrachte den grössten Teil ihres Lebens damit, auf Krupp zu warten» (Ella se pasaba la mayor parte del tiempo esperando a Krupp), recuerda un amigo de ambos. Pero cuando Alfried la invitaba a salir, no era para llevarla a buenos restaurantes, ni para oír el alegre ruido de los dados en las mesas de juego, ni para exponerse al cálido sol del Mediterráneo. La idea que tenía Alfried de una salida, era, por ejemplo, su reunión anual del Gesellschaft der Freunde der Technischen Hochschule Aachen, el círculo de amigos que había fundado durante sus días de estudiante en la universidad. Contando mujeres y niños, había ahora veintidós miembros. Hasta el final de los años treinta se reunieron todos los años en el domingo de Pentecostés, y como hacía quince años que no se celebraba el acontecimiento, Alfried propuso que lo hicieran en Blühnbach. Horst Hosmann, a quien el milagro económico llevó a ocupar un puesto principal en la Siemens Elektrogeräte Aktiengesellschaft, recuerda que cuando su anfitrión les recibió en la escalera de su castillo austríaco, «estaba más viejo y canoso, pero los cambios sólo eran físicos. La adversidad no le había hecho más tímido ni más arrogante. Sencillamente, era nuestro Alfried» (53).

Vera, en cambio, no les causó tan buena impresión. A cualquier parte adonde iba, en la mansión, hallaba chiquillos gritones y molestos. Los hombres la ignoraban, y con sus esposas poco tenía en común. Por otra parte, el programa propuesto le parecía cosa de broma: «Escalaremos montes, pasearemos y proyectaremos diapositivas de nuestras familias y amigos». El domingo de Pentecostés cayó temprano aquel año. Los caminos no estaban en condiciones para las actividades al aire libre, y ella no tenía ninguna diapositiva sobre sus tres maridos anteriores, sobre los viajes que hizo por los estudios de Hollywood o cuando regateaba tras el mostrador de una tienda. Por consiguiente, aguantó hora tras hora las escenas de Walther aprendiendo a andar, de Hans en un columpio, y de Anna dando su primera sesión de canto. Cuando se alejaban en su esbelto PMW negro, ella murmuró: *«Ist das lästig!»* (¡Qué aburrimiento!) Krupp mostróse asombrado. Vera se dio cuenta de que él lo había pasado muy bien.

Así fue cómo las señales de descontento fueron multiplicándose. Y lo peor de todo, se dijo Vera, lo constituía el mismo Ruhr, con su neblina, su oscuro cielo, su aire grasiento. «Tengo sangre de artista», dijo ella a Sprenger, desesperadamente. Este nunca le apreció ningún talento especial, pero sabía lo que quería decir; era una cuestión de temperamento. Abriendo bien los brazos, frau Krupp exclamó: «¡Ah, cómo echo de menos Las Vegas, Los Angeles, el sol de mi dorada California! ¿Cómo puedo seguir bajo este cielo gris?» Aquí el paralelo entre Alfred y Alfried resulta notable. En febrero de 1854, la mujer del primero, Bertha Eichhoff Krupp sintió la misma desesperación hacia Essen:

> «Poco después ella comenzó sus viajes en busca de salud, dejando la casa familiar, ahogada entre la fundición de acero, con sus hornos de coque, y la forja, con el estruendo de sus martillos, que a veces quedaba incluso dominado por el fragor de los talleres de ruedas para ferrocarriles. Eso era música para los oídos de Krupp, pero no para los de una mujer delicada [*nicht aber für eine zarte Frau*].» (54).

Ahora, cien años más tarde, la incompatibilidad volvía a repetirse. Había una diferencia, en lo que se refería a las respectivas esposas. Hasta que llegó a la Riviera, la anterior frau Krupp sólo había dormido con un hombre. Vera lo hizo antes con un aristócrata, un empresario, y un médico, habiendo desarrollado un notable apetito conyugal. La libertad de que disponía la esposa de su biznieto no pudo soñarla la primera Bertha. Además, Vera llevó a cabo algunas investigaciones, y se enteró de muchas cosas. Entre ellas, supo que, aparte de sus acciones dentro del territorio de la Bundesrepublik, su marido había depositado más de 250 millones de dólares en Bancos de Suiza, las Bahamas, la India, Argentina, Estados Unidos, y en la misma Alemania. (55). Poco después un miembro del directorio barrió de un golpe todos los papeles que había sobre su escritorio, y gritó: «¡Qué poder puede ejercer una mujer *(Welchen Einfluss kann eine Frau... ausüben)*, sobre los destinos de una empresa, aunque ella no se dé cuenta!».

Pero evidentemente, frau Vera Hossenfeldt von Langer Wisbar Knauer Krupp von Bohlen und Halbach se daba perfecta cuenta de ello.

El director de *Die Welt am Sonntag*, uno de los periódicos más importantes de Alemania Occidental, recordaba una vez que siendo muchacho, «tuve la convicción de que Krupp debía de tener listas negras y agentes secretos, debió de contratar asesinos, y crear una red internacional de espionaje». Poco tiempo después «se dio cuenta del verdadero secreto de la compañía. Todos ellos, de Krupp para abajo, no piensan que es un lugar para obtener beneficios. Están convencidos de que son una especie de Estado». Examinando su archivo, el director extrajo el recorte de una noticia del Hauptverwaltungsgebäude. A primera vista parecía algo rutinario: Alfried Krupp e hijo salían en misión comercial hacia Tokio. La clave del asunto se hallaba en la última frase. Alfried y Arndt viajarían en dos aviones diferentes. Esto, según explicaba un portavoz de Essen, era una precaución adoptada *«auch von den Mitgliedern der königlichen Familie von Grossbritannien»* (también por los miembros de la familia real de Gran Bretaña) (56).

Hacia el otoño de 1954 la real familia del Ruhr pensó que ya era hora de que Krupp reanudara las visitas a sus pares, los monarcas. Bonn también pensaba lo mismo. Desde allí, Ludwig Erhardt informó que los jefes de Estado que visitaban Alemania Occidental tenían muchos deseos de ver Villa Hügel, y estando el Gobierno tan orgulloso de su principal industrial como lo estaban sus súbditos, el canciller Adenauer accedió a la petición. Aparte de suministrar una rápida visión de la fábrica más famosa del país, tales visitas ofrecían las estudiadas formalidades a las que sus distinguidos anfitriones se hallaban acostumbrados, y que por el momento estaban más allá de la capacidad de la provinciana Bonn. Gustav había elaborado hasta los detalles más minuciosos. El Gobierno húngaro adoptó el protocolo de la Casa de Krupp. ¿Por qué iba a verse privada de eso la patria? (57).

Charles W. Thayer se dijo que había una excelente razón. Las relaciones del omnipresente coronel Thayer eran incalculables. En 1945 le enviaron una invitación para el pabellón de caza de Blühnbach, y el día en que Villa Hügel volvió a abrirse para las testas coronadas, Thayer apareció en la comitiva de los reyes Pablo y Federico de Grecia. El coronel no estaba emparentado con ellos, ni tenía otra distinción especial, pero conocía al corresponsal extranjero del *Herald Tribune* que había estado presente cuando el proceso de Nuremberg, y cuyos artículos sobre la injusticia cometida, según él, contra Krupp, ganaron la voluntad de éste

y dieron al corresponsal un puesto en la sección de relaciones públicas de la Firma. Por tal motivo, el coronel recibió una invitación, conoció a Alfried, charló con Berthold... y se burló del espectáculo montado para los soberanos. «La recepción fue realmente lamentable, de horrible mal gusto —dijo cuando todo hubo terminado—. La reina, que sí tiene buen gusto, se estremeció.» Alfried se hubiera sentido desconcertado ante la censura de Thayer. El nunca había dudado de los méritos de aquellas ceremonias dinásticas. «Claro está que no necesito todas esas habitaciones —dijo Alfried al autor de este libro, una mañana—; pero mi abuelo las necesitaba. Ahora, sin embargo, cuando un primer ministro o un jefe de Estado quiere verme, viene en avión o en coche, y se marcha unas horas más tarde. De todos modos, Hügel sirve a su propósito; es impresionante. Cuando la necesito, allí está.» (58).

Durante un tiempo hubo dudas de que siguiera allí, pese a lo dicho por Krupp. Para los alemanes el castillo era, según dijo un escritor, «tan simbólico del poderío de Krupp como las grandes fábricas y la creciente prosperidad». Los británicos devolvieron la monstruosidad arquitectónica a Alfried, después de las ceremonias de Mehlem, y éste ofreció de mala gana el castillo al Estado de Renania-Westfalia, como tesoro histórico. Ante su asombro, el Gobierno provincial rechazó el obsequio. Lo mismo hizo Bonn, y por idéntico motivo: se hallaba asociado con todos los aspectos del carácter teutónico que la nueva Alemania deseaba olvidar, la arrogancia, el Offizierskorps, el Generalstab, el kaiser, el Führer, y los beneficios obtenidos del crimen y la rapiña. Sin embargo, había una curiosa dualidad en la actitud de la Bundesrepublik hacia Hügel. Los dirigentes de cuatro regímenes sucesivos de Berlín nunca rechazaron una invitación impresa para ir a la colina, y cuando Alfried y Bertha enviaron una a Konrad Adenauer, *der Alte* se presentó. El 13 de noviembre de 1953, la semana en que Beitz abandonó Hamburgo para trasladarse a Essen, el canciller sonrió a Bertha, le estrechó la mano, y se inclinó junto a los grandes óleos de sus predecesores imperiales (59).

La primera recepción en Villa Hügel para un jefe de Estado africano, el emperador Haile Selassie de Etiopía, se produjo exactamente un año más tarde, en el Día del Armisticio. Quinientos invitados se presentaron, comprendidos ciento veinte diplomáticos, que fueron trasladados desde Bonn en grandes «Mercedes» de siete plazas. Presumiblemente iban a cenar, si bien en cada coche iba una azafata uniformada de azul que sirvió bocadillos y champaña durante todo el viaje. (Las etiquetas y las cajas de cerillas también eran de color azul; Krupp había abandonado el color heráldico de la familia, el rojo, «un cambio —explicó a este autor— que parecía apropiado».) Alfried estaba de pie ante la puerta del castillo, esperando al León de Judá. Le rodeaban veinte mineros con traje de seda, y sus lámparas *Kumpel* colgándoles del cuello; dieciocho trompeteros ataviados de cazador; la banda de la empresa; un coro de un centenar de Kruppianer con sus *Lederhosen;* doscientos aprendices que empuñaban banderitas etíopes de papel, y un mayordomo ceñudo, con una cicatriz en el rostro, levita negra realzada con hombreras doradas, y que se tocaba con brillante morrión dorado. Las banderas de Krupp pendían de los cuatro mástiles interiores; las del León de Judá de los ocho exteriores (60).

Eso en cuanto al exterior. Dentro del castillo, en el extremo más alejado del gran salón, podía verse a Bertha entre la semipenumbra. Llevaba un vestido negro, un collar de perlas de tres vueltas y un absurdo sombrerito negro; pero en su continente se manifestaba su innegable majestad. Dos niñas con ramos de flores estaban a ambos lados de Bertha. En el salón que había entre el castillo y la «casa pequeña»,

Beitz, dinámico como un empresario de Broadway, se enderezó la elegante corbata, encabezando al Direktorium y los Schlotbarone secundarios que habían sido honrados con invitaciones impresas. De vez en cuando un cocinero de blanco delantal pasaba corriendo por el gran salón, llevando en las manos una gran bandeja. En las mesas del banquete de gala aparecían platos de oro atestados de langosta rellena, *foie grass* y caviar negro. Más allá se veían varias hileras de botellas de Mosela helado.

De pronto los músicos se pusieron a ensayar al unísono. Las trompetas resonaron, el coro cantó algunos compases, apoyado por tres orquestas y una banda. Alguien en el techo de Villa Hügel hizo sonar un silbato, y el estrépito cesó en seguida. El coro y los músicos se situaron detrás de unos telones. Haile Selassie se acercaba a la colina. A la distancia, un pelotón de motociclistas ascendía rugiendo por Frankenstrasse. Poco después aparecían en el extremo más alejado de la arboleda que había sido trasplantada bajo la fiera mirada de Alfred, durante el invierno de 1871. Los motoristas, uniformados de blanco desde el casco hasta las botas, precedían al «Mercedes». Cuando éste llegó a la entrada, los trompeteros tocaron el *Viva el príncipe.* El emperador descendió del automóvil vistiendo un sencillo traje de calle —de haber sido mejor aconsejado se hubiese vestido púrpura—, y se colocó erguido al lado de Alfried, mientras la banda de la compañía, ataviada con librea negra y oro, se esforzaba por interpretar el himno copto de Etiopía, un intrincado aire no ideado para instrumentos de viento. Aquella banda había sido adiestrada para ejecutar piezas más marciales. Luego, con mayor garbo, trompetearon el antiguo himno que contaba ciento treinta años de antigüedad:

Deutschland, Deutschland, über alles, über alles in der Welt!
Wenn es stets zu Schutz und Trutze brüderlich zusammen hält,
Von der Maas bis an die Memel, von der Etsch bis an den Belt
Deutschland, Deutschland über alles in der Welt!

Dentro del castillo, el coro inició los compases de una tonada aún más conmovedora, que celebraba su centenario ese otoño:

...zum Rhein, zum Rhein, zum deutschen Rhein!
Wer will des Strommes Hüter sein!
Lieb Vaterland, magst ruhig sein,
Lieb Vaterland, magst ruhig sein:
Fest steht und treu die Wacht, die Wacht am Rhein!
Fest steht und treu die Wacht, die Wacht am Rhein!

Haile Selassie avanzó trabajosamente hacia Bertha; Alfried que les aventajaba a ambos en altura, murmuró una presentación; Bertha sonrió benigna, y *der Kaiser von Athiopien* extendió su mano y se inclinó profundamente. Beitz iba a la izquierda, detrás, con su habitual terno de franela. A continuación todo el mundo se dirigió hacia la langosta. Pero aquello era algo más que una fiesta. Era un rito simbólico. Los tapices, los retratos al óleo de los anteriores Krupp, los prusianos de fiero mostacho y casco en punta, el coro que cantaba *Lieder* (y que ahora tarareaba una estrofa cuya letra, la última vez que se cantó allí decía: «*Heil dir im Siegeskranz, Herrscher des Vaterlands, Heil Hitler dir!*»), el salón de banquetes recubierto de costosas maderas, y la pagana hoguera que chisporroteaba en la chimenea, todo ello evocaba un pasado que sólo el ignorante o el poco imaginativo podía borrar de la memoria.

Es muy posible que el emperador de Abisinia recordase un episodio

de los años treinta. Cuando las gentes de sus tribus eran exterminadas por las legiones italianas, la emisora nacional alemana aseguró que el *kruppsche Konzern* estaba *entzückt* (encantado). Claro que él era muy educado para sacar aquello a relucir. Sus predecesores *ausländische* en aquel salón —Eduardo VII de Inglaterra, Francisco José de Austria, Leopoldo II de Bélgica, el propio Mussolini—, hicieron también honor a la hospitalidad de los Krupp. En cierto modo el León de Judá fue honrado en el castillo de Villa Hügel, ya que era el primer monarca de color para quien la alfombra roja (ahora azul) había sido extendida. En consecuencia comió langosta, caviar, y *foie grass*, bebió Mosela, y habló de que necesitaba una industria pesada. Alfried, Bertha y Beitz escucharon gravemente; los hombres tomaron algunas notas, de vez en cuando. Los cuatro se hallaban sentados a una mesa separada, cerca del hogar. A ningún invitado, ni siquiera a los directores de Krupp se les permitía oír lo que decían. El mayordomo de la cicatriz en el rostro se hallaba de pie, mirando a la multitud de comensales con los brazos cruzados, observando los semblantes.

De pronto fue la hora de marcharse. Los quinientos invitados se pusieron de pie, algunos de ellos vacilantes, y recibieron como obsequio botellas de coñac y encendedores de plata. Luego les acompañaron hasta los grandes automóviles. El coro, la banda y los heraldos atacaron una marcha final. Los motociclistas de blanco uniforme pusieron en marcha sus máquinas, y la caravana comenzó a descender la colina. Cuando Haile Selassie cruzaba ante la gran haya roja, doscientos muchachos de mono inmaculado le sonrieron automáticamente, agitando banderitas de Abisinia. Uno se pregunta si sabían quién era aquel hombrecillo de piel oscura; si era de Abisinia, y dónde se encontraba eso.

Nadie preguntó por Vera durante la recepción; eso habría sido más indiscreto que mencionar al Duce. Por otra parte, cualquier pregunta acerca de la hermosa frau Krupp se hubiera soslayado, ya que su paradero preciso era algo así como un enigma. Los articulistas de chismes mundanos aseguraban haberla visto en un café de Nueva York, en un casino de Las Vegas, o tomando el sol en California. La mujer de Alfried se convirtió en objeto de comentarios. Era evidente que prefería cenar con actores, y ricos europeos, expatriados. No tenía deseos de recibir al León de Judá, y estaba decidida a no volver jamás al viejo castillo que dominaba el Ruhr.

28

Heute die ganze welt

En la noche del 16 al 17 de enero de 1942, Adolf Hitler, descansando en su Cubil del Lobo mientras el fiel Bormann transcribía su «charla de sobremesa», hizo una de sus raras alusiones al aspecto sexual. Al hablar del tiempo que pasó en Berchtesgaden, dijo:

> «Allí conocí muchas mujeres. Algunas de ellas estaban enamoradas de mí. Así pues, ¿por qué no me casé? ¿Iba a dejar una esposa detrás de mí? [*Sollte ich eine Frau zurüklassen?*] No me podía permitir el lujo de casarme. De modo que tuve que volver la espalda a algunas oportunidades que se presentaron solas.» (1).

Por fin hubo una frau Hitler, pero la vida de casada de Eva Braun escasamente desvirtúa la manifestación del Führer de que los hombres de acción deben mantenerse solteros, ya que a las veintisiete horas de haberse casado, el marido y la esposa se suicidaron. El matrimonio Goebbels fue un ejemplo peor aún. Magda Goebbels envenenó a sus seis hijos, y luego un ordenanza de las SS mató de sendos disparos a ambos padres, por orden del propio Goebbels. Claro está que los habitantes del Führerbunker eran aquella noche gentes de excepción. Pero también Alfried Krupp era un hombre excepcional, y si bien el alejamiento de su esposa fue relativamente poco espectacular —Vera no era una mártir—, el Führer, ya fallecido, había puesto el dedo en la llaga sobre la incompatibilidad de ambos esposos. *¿Por qué casarse?*, debió haber preguntado a Krupp. *¿Para dejar una mujer detrás?* A decir verdad, sus ausencias de Hügel fueron haciéndose cada vez más frecuentes, hasta que al fin abandonó Essen definitivamente, dejando doloridos a los Kruppianer al criticar su «*hässliche, provinzielle und freudlose Stadt*» (aborrecible provinciana y triste ciudad).

Siguió un silencio amenazador, como la oscuridad antes de los fuegos artificiales. La figura de frau Krupp aparecería complicada en un escándalo matrimonial. Un directivo de empresa, llamado Louis Manchon, fue acusado por su esposa Annabel, en el otoño de 1956, de «haber sostenido un amorío abierta y notoriamente». Designó a la mujer como cierta Hossenfeldt von Langer Wisbar Knauer Krupp von Bohlen und Halbach. De todos modos, la mayor parte de los periódicos ignoraron el asunto.

Pero en octubre, Vera decidió que era hora de iniciar su propio proceso, y un tembloroso secretario depositó en una esquina del escritorio de Alfried los documentos legales cuyo contenido llenaría las primeras páginas de los periódicos de la Bundesrepublik, de *das Ausland,* e incluso de Las Vegas, de donde procedían las noticias. Muchos casamientos concertados en Nevada se deshacen diariamente sin más complicaciones. Pero aquél, celebrado en Berchtesgaden, contenía un enorme cúmulo de acusaciones, exigencias, cifras financieras, y explicaciones (2).

Vera hacía una lista de las acciones de su marido, de sus cuentas corrientes, y de los escondites en cajas de caudales (poco se le había escapado). Por vez primera, el público tuvo una idea de lo lejos que llegaban los tentáculos de Krupp, cruzando mares y océanos, mediante complejos contratos de licencias, intercambios de patentes, inversiones, sociedades anónimas e incluso lazos familiares políticos. Una vez descritos los componentes del gran pastel, la querellante Hossenfeldt, etcétera, explicaba el trozo que quería del mismo. Un inmediato pago de más de cinco millones de dólares y una pensión anual de un cuarto de millón en igual moneda. Arguyó que era lo menos que él podía hacer por ella. Según su denuncia, Alfried no había querido mantenerla, le negó una vida de hogar, la obligó a aguantar la intolerable *Hausregiment* de *Mutter* Bertha, y hasta le pidió que renunciara a su ciudadanía norteamericana. Con gesto melodramático manifestó a un periodista alemán: «*Ich schätze meine Freiheit in Amerika mehr als all sein Geld*» (aprecio más mi libertad en Estados Unidos, que todo su oro).

La Prensa de la Bundesrepublik comentó que el dinero era «su precio por la libertad y el silencio», lo que indicaba que se llevaría una buena cantidad. La querellante declaraba que sus necesidades sexuales habían sido olvidadas, y en el párrafo de su documento de acusación, que más asombro provocó en Essen, se declaraba que:

> «*Der Angeklagte hat sich willkürlich und ohne Grund dem Ehebett entzogen und hat sich ständig geweigert, ehelichen Verkerh mit der Klägerin zu haben.*»

> «El acusado, voluntariamente y sin motivos, se retiró de su lecho matrimonial y continuamente se negó a tener relaciones maritales con la querellante.» (3).

Eso era una injusticia por parte de Vera. Mal podía Krupp retirarse de un lecho que últimamente se hallaba a más de cinco mil millas de distancia, y en un país en que él, como criminal de guerra, tenía la entrada prohibida. Según los partidarios de Alfried, su mujer se había comportado de una forma poco sensata. El resto de la familia apenas la conocía. Durante los momentos más importantes de Hügel, en los últimos dos años —el casamiento de Berthold con la hija de un antiguo embajador de Weimar, la celebración del fin de los estudios de Arndt en Baviera, y la reaparición casi milagrosa de Harald, después de pasar diez años en las prisiones rusas—, Vera estaba en Montecarlo, en el Lido u otros lugares semejantes.

Como era característico en él, Alfried no hizo comentario alguno a los reproches de su antigua esposa. Entregó la cuenta del divorcio a su equipo legal, y nunca más volvió a mencionar el nombre de su segunda mujer. El juicio *Krupp contra Krupp* se liquidó tres meses después, acordado ilegalmente según la ley de divorcios de Bonn, que prohibía los procedimientos *in camera,* si bien todos se hallaban demasiado preocupados para mencionar el asunto. El incidente había disgustado a toda

la nación, y la Bundesrepublik sintióse contenta al verse libre del mismo.

Pero barrer los recuerdos de la *ex frau* Krupp no era tan sencillo, sin embargo. Ella conservaba su encanto, y a los articulistas les parecía un buen tema. Por fin se la convenció para que se callara y pasara más inadvertida. El que lo logró fue Alfried. Ella necesitaba algún entretenimiento, le sugirió por medio de sus consejeros que acababa de encontrar justamente lo que necesitaba: un rancho de 518 acres en Nevada, situado a unas veinticinco millas al oeste de Las Vegas. En los últimos tiempos, un famoso actor lo había estado utilizando como escondite. Si ese hombre podía ocultarse allí, también podía hacerlo Vera. Ella accedió y la finca costó a Krupp algo más de un millón de dólares.

Pareció una buena idea, y durante un tiempo dio resultado. Pero ciertas mujeres están destinadas a figurar en los titulares de los periódicos, y el retiro también fue profanado por los periodistas. En 1959, tres ladrones entraron en la casa, ataron a Vera y a su capataz, y se marcharon con un brillante de 33 quilates, antiguo obsequio de Alfried, que valía un cuarto de millón de dólares. Nunca llegó a explicarse el hecho de que los atracadores parecieron conocer el lugar donde se hallaba la joya. Pero el delito nunca beneficia, y pronto el diamante fue recuperado en Elizabeth, Nueva Jersey, por agentes federales. Siete hombres fueron a la cárcel, y no se supo nada más del rancho hasta la primavera de 1967, cuando su propietaria se cansó de él. Lo ofreció al Gobierno como parque por la suma de 1.100.000 dólares. Con ello parecía excluirse a los compradores privados. Pero Krupp no era el único archimillonario del mundo. El 20 de junio, Howard Hughes, tan rico y misterioso como el Konzernherr, adquirió la finca. Los periódicos identificaron a la vendedora como «una antigua estrella de cine y ex esposa del magnate de las armas Alfried Krupp» (4). Le gustara o no a la primera familia de Essen, la gente seguiría considerando a Vera como frau Krupp, hasta el momento de su muerte, ocurrida en el otoño de ese mismo año.

En el Ruhr, a Vera se la critica acerbamente: «Ella le cazó, le hizo daño y se embolsó una fortuna. *Ach!*» Los más allegados a Alfried estaban convencidos de que éste aún estaba enamorado de la mundana cenicienta que le escribiera a Landsberg. Era evidente que Vera había dejado un vacío en la vida de Krupp. Beitz no cesaba de hacer tentativas para atraerle al ritmo sincopado, pero Alfried se negaba a dejarse arrastrar, pues prefería a Wagner. El Konzernherr vivía solo con su chofer, su cocinero, el mayordomo, el ayuda de cámara, los aparatos fotográficos, los «Porsche», los «BMW», las cajas de whisky Caballo Blanco, y los cartones de cigarrillos Camel. «Nuestro herr Alfried es un hombre solitario», decía suspirando uno de sus criados. «Un caballero infortunado», aseguraba un miembro de la dotación del *Germania V;* y un comunista empedernido, de nacionalidad alemana, murmuró: «Me da pena de Krupp, y esto nada tiene que ver con la política; es tan desdichado...» (5).

Culpar de ello a su segunda mujer sería tan absurdo como acusar a Bertha Eichhoff de haber causado la hipocondría del Gran Krupp. Ambas mujeres eran superficiales, indolentes y aficionadas a los lugares de recreo. Pero las dos contrajeron enlace con un Krupp de más de cuarenta años, cuyo carácter estaba formado desde hacía mucho tiempo, y cuya primera devoción era la empresa familiar. Fritz Krupp y Gustav se habían encontrado con imperios florecientes. Alfred tuvo que construirlo, y Alfried debió reconstruirlo. Para contentar a Vera, su marido hubiese tenido que abandonar el sueño dinástico, todo ello bajo la mirada escrutadora de Bertha, símbolo de las glorias familiares. Alfried no podía

hacer eso. El restaurar el poderío y el prestigio de la marca de los tres anillos había sido una obsesión suya desde la brumosa mañana en que dejó el uniforme de penado en Landsberg. En lugar de hacer esto, habría abandonado a su esposa, y eso fue, en cierto modo, lo que hizo. Alfried no se había retirado «voluntariamente y sin motivo», como ella aseguraba, por más que su conducta resultara incomprensible para la mujer. En los momentos cruciales que siguieron a Mehlem, muchos fueron los estadistas que se sintieron intrigados por la actitud de Krupp. El hecho de que no alcanzaran a comprender sus motivos contribuía a aumentar su confusión en ese aspecto.

Para ella (y para ellos), Krupp se comportaba como un monarca vuelto a coronar, que prefería estar acompañado de sus iguales, en lugar de su hogar. Durante dos meses, en una ocasión, no dejó de volar haciendo visitas oficiales a Menderes, en Turquía; Bandaranaike, en Ceilán y Sukarno, en Indonesia, al tiempo que visitaba las capitales de Venezuela, Brasil, Argentina, Thailandia y Filipinas. A veces no hacía más que dar vueltas sobre terrenos desérticos. Todo el mundo sabía que no podía hallarse en el Sahara otra cosa que arena y camellos malolientes, a pesar de lo cual Krupp seguía explorándolo. Y lo más asombroso es que él y Cyrus Eaton Jr., permanecían en un helicóptero durante horas en el borde del Círculo polar Artico, escrutando algunos ventisqueros de los que Eaton era propietario. El industrial de Cleveland era un conocido excéntrico, desde luego; pero, ¿qué hacía allí el antiguo armero del Reich? ¿Acaso los esquimales proyectaban invadir el Canadá? Los periodistas terminaron comentando que se trataba de algo descabellado (6).

Pero no lo era. Por el contrario, se trataba de un asunto espléndido. Alfried había cambiado de papel; ahora se consideraba como un contratista del mundo *(Weltlieferant)*, y estaba buscando mercados. La identidad de los invitados que acogió en Hügel pudo haber dado la clave de las zonas de influencia que estaba creando en torno al Konzern. Con excepción del rey Pablo de Grecia y del arzobispo de Canterbury, los invitados pertenecían a naciones en desarrollo; Modibo Keita, de Mali; Badr, de Yemen; Radakrishnan, de la India; Ahmadu, de Nigeria, Kubitschek, del Brasil; el Shah del Irán, y, después de que el Camerún se convirtió en república, el presidente Ahmadao Ahidjo. Krupp los agasajaba a todos, y al fin el salón de banderas de Hügel poseía las de ciento cuarenta países. Un comensal se encontró con un banderín colocado en la mesa, sobre un pequeño mástil. Para aquellos cuyas banderas acababan de crearse, el gesto significaba mucho, y se mostraron muy agradecidos. Eran los clientes que Alfried estaba buscando. Les envió sus espléndidos álbumes, encuadernados en cuero y con estampaciones doradas, que contenían las aburridas fotografías que había tomado durante sus viajes por los pantanos y las selvas de sus respectivos países.

Después de los heraldos, los brindis, los himnos nacionales, la entrega de álbumes y el regreso a las correspondientes naciones, entraban en acción los vendedores. Ninguno de ellos era alemán. Alfried comprendía que el ser hombre blanco había llegado a resultar un estigma en esas naciones. Por consiguiente firmó un pacto con la East Asiatic Company, una sociedad danesa de cuarenta empresas comerciales, cuyo presidente era el primo del rey de Dinamarca. En cada uno de los que Krupp llamaba *die unterentwickelten Länder* (países subdesarrollados), la firma disponía de unas oficinas formadas totalmente por personal autóctono. El miembro del Gobierno que elegía entre diversos artefactos, no se imaginaba que devolvía así la espléndida hospitalidad de Villa Hügel. Al fin

y al cabo, estaba tratando con un compatriota, y si acaso tenía alguna sospecha, se mostraba agradecido por aquella muestra de tacto (7).

Krupp volvía a ofrecer otra vez sus productos. En Altendorferstrasse una serie de complicadas máquinas imprimían instrucciones en todos los idiomas. Algunas de estas instrucciones eran de tipo visual, como si se tratara de silabarios infantiles, ya que antes de enviar los productos, un grupo de expertos de Essen investigaban acerca del porcentaje de analfabetos que había en la nación. Krupp se apoderaba de nuevos mercados del mismo modo que el Generalstab había preparado sus invasiones. Exploradores enviaban las muestras de mineral al Ruhr, para que fueran debidamente analizadas. Los pilotos de la compañía tomaban fotografías aéreas. Se señalaban los territorios que no aparecían en los mapas, y se examinaban asimismo las costumbres, supersticiones locales y el clima, todo lo cual daba excelentes resultados prácticos. Al cabo de seis meses de firmado el convenio de Mehlem los ingenieros de Krupp perfeccionaban un freno de aire comprimido ideal para camiones que trabajaban en terrenos abruptos. Se construían locomotoras capaces de resistir el calor y la humedad de los trópicos, y las cajas de cambios fueron simplificadas por ingenieros que conocían el deficiente conocimiento mecánico que tenían los hombres que las iban a utilizar.

Detrás de estos detalles había un aspecto emotivo. Había que vivir en Essen, en aquel período, y hablar con los hombres de aspecto exótico y ropas chillonas, para comprender el motivo de que se sintieran vinculados a Krupp. «Simpatizamos con los alemanes —dijo uno de ellos a este autor—, porque tenemos un enemigo común. Durante dos siglos mi patria fue explotada por los ingleses. En la Segunda Guerra Mundial, Krupp luchaba contra los imperialistas.» Los británicos y norteamericanos consideraban ultrajante aquella interpretación de lucha contra Hitler, y hasta injusta, ya que antes del Tratado de Versalles, Alemania había competido con las demás potencias europeas para obtener colonias. A pesar de todo, este argumento no tuvo efecto en la actitud de los afroasiáticos.

Es un secreto del Konzern el momento en que Alfried se dio cuenta de estas oportunidades de explotación. El autor se lo preguntó a su vez. «La idea —repuso con una de sus enigmáticas sonrisas a medias—, nació en un jardín.» Este pudo ser el de la prisión de Landsberg; estaba preso allí cuando Truman anunció el programa de Cuatro Puntos de Estados Unidos, y seis años más tarde Krupp llamó a su propio programa, Cuatro Puntos y Medio. Las razones respectivas eran muy diferentes, como es de imaginar. El presidente actuaba geopolíticamente, y el Konzernherr lo hacía comercialmente. Para Alfried las *unterentwickelten Länder* de comienzos de los años cincuenta eran lo que él llamaba «los colegas comerciales del mañana», y lo cierto es que al poco tiempo, la mitad de su comercio se hacía con ellos. Un informe de la Bundesrepublik establecía en 1955 que:

> «Debido a las trabas de los Aliados, la firma de Krupp se vio obligada a asumir un papel de importancia creciente en el mercado mundial [*Die von den Alliierten der Firma Fried. Krupp auferlegten Beschränkungen zwangen sie, ihre Aktivität in wachsendem Umfang auf den Weltmarkt zu verlegen*]... Esto constituye una paradoja, ya que, como consecuencia directa de la política económica aliada, la firma Krupp no tuvo otra elección más que competir en buena lid contra los fabricantes británicos en sus mercados tradicionales, como por ejemplo la India y Pakistán. He aquí una consecuencia

de los decretos antimonopolio que nunca debieron haber sido anticipados por sus autores [*Dieses Ergebnis der Entflechtungspolitik hatten ihre Urheber nicht vorhergesehen*].» (8).

Esto debió haber sido previsto. La liquidación de los monopolios había privado al jefe de la familia de sus fundiciones. Dentro de los quince meses siguientes, sesenta nuevos países entrarían en las Naciones Unidas, todos ellos clamando por la industrialización de sus tierras. A Krupp se le podían cerrar las puertas de sus acerías, pero no era posible cerrar la mente de los Kruppianer; si no podían vender lingotes, venderían su pericia técnica, enseñando a los Estados liberados la forma de construir las instalaciones fabriles que anhelaban. Aquí, como tan a menudo ocurre en la historia de los Krupp, la primera semilla había sido plantada hacía tiempo. Dos meses antes de que Alfried cumpliera los tres años, la revista del Ruhr *Stahl und Eisen* insertó un anuncio ofreciendo «construir factorías completas». Nada salió de aquello entonces, pero ahora el Konzernherr aplicó todos sus esfuerzos en favor del programa (9).

Comenzó por crear un departamento de «ingeniería consultiva». Luego vino el Industriebau, integrado por veteranos del Berthawerk. Su director técnico era el doctor Paul Hansen, y ya tenían un producto: las fábricas. Si alguien deseaba construir una Gusstahlfabrik propia, Hansen era el hombre adecuado. Su consejo era caro —los honorarios variaban entre 25.000 y 450.000 dólares—, pero ofrecía férreas garantías y atractivas condiciones de «pague mientras fabrica». Generalmente, los clientes de piel oscura que llegaban a Essen (desde Bonn, que les ponía en camino hacia el Hauptverwaltungsgebäude) compraban más, ya que la Industriebau les invitaba a adquirir en las otras dos nuevas compañías. *Die Firma* ofrecía buenas mercancías en el ramo de excavadoras, de los puentes colgantes, sistemas de irrigación, fábricas de cemento, estructuras hidráulicas de acero, y diques. Un trato especial se tenía con los clientes de los trópicos. En Essen, Kruppianer que hablaban numerosas lenguas exhibían artefactos ingeniosos para extraer petróleo y obtener materia prima de los cocos, el caucho y el azúcar, a un precio sumamente económico (10).

La primera venta de Hansen fue dos altos hornos Renn para España (11). Al cabo de dos años, un viajero podía hallar los tres anillos enlazados en los trenes laminadores de Méjico, en las fábricas de papel de Alejandría, en las fundiciones de Irán, en las refinerías griegas, en una fábrica de aceite del Sudán, y en instalaciones portuarias de Chile, Thailandia, Irak y Holanda. Los geólogos de Krupp escrutaban las arenas del Sinaí y las nieves de la Antártida. Los metalúrgicos de la firma buscaban vetas de minerales en Francia y Turquía, y si les gustaba lo hallado, el material era enviado a Alemania en barcos de Krupp hechos en Bremen por Weser A. G., otra más de las nuevas compañías de la empresa, integrada por Kruppianer de Kiel que habían construido el *Graf Spee*, armado el *Bismarck* y el *Deutschland*, y soldado las planchas de los submarinos que ahora se oxidaban en el fondo del Atlántico. Las fundiciones de Krupp se alzaban en España, y sus puentes se tendían sobre los ríos de Portugal. La bandera de la familia había sido clavada en Java, Sudáfrica y Bolivia, y se hacían planos para una acería en Filipinas, un puente sobre el Bósforo y un ferrocarril persa.

De la noche a la mañana Alfried había creado la mayor manufactura de la historia. Hasta era capaz de alterar la geografía. Una de sus máquinas, toda de acero y de más de una manzana de longitud, podía excavar un monte y echar la tierra en otro lugar. Pero, ¿por qué limitarse a trasladar tierra? ¿Por qué no llevar a la gente, asimismo? Las relucientes grúas y los hornos abiertos se arruinarían en sus lugares de destino,

a menos que hubiera mejicanos, árabes, musulmanes e hindúes que los manejasen. Alguien sugirió construir reproducciones de Essen, la mejor comunidad industrial del mundo. Se convino así, y Krupp anunció:

> «Proyecto completo y construcción de instalaciones con autosuficiencia para fabricar hierro, acero y aleaciones, junto con la construcción total de proyectos de albergues vecinos, sistemas de transporte, y centrales eléctricas.» (12).

Se tradujo esto a todos los idiomas, desde el árabe al bengalí, y en Nueva Delhi, Jawaharlal Nehru imaginó una metrópoli de cien mil familias. Una colmena industrial que haría palidecer de envidia a muchos países. Había competencia, desde luego. En diciembre de 1953, nueve meses después de haber recuperado su despacho en el Hauptverwaltungsgebäude, Alfried recibió una inquietante carta de Nehru, manifestando que la Unión Soviética ofrecía hacer el mismo trabajo a un precio mucho más económico. En ese momento Alfried estaba negociando con el rey Pablo la construcción de una fábrica de aleación de níquel en las afueras de Atenas, la venta de un centenar de locomotoras a Sukarno, y también a Daniel Malan, en Pretoria, y la iniciación de las obras de una fábrica de cemento en Bombay. No podía trasladarse hasta Asia, de modo que envió instrucciones especiales a su representante en Bombay. Este dijo a Nehru que podía firmar con los rusos, si lo deseaba; no pagaría mucho, pero tampoco obtendría demasiado. El *Krupstahl* era acero de alta calidad, obtenido por un nuevo proceso de inyección de oxígeno. Hay que pagar la calidad. El primer ministro podía hacer la elección que mejor le pareciese.

Nehru contestó que a él le gustaba hablar con dirigentes, no con sus representantes. Como se le veía vacilante, Alfried efectuó la primera de las que serían cuatro visitas a la India, lo que dio por resultado el mejor acero y unas de las peores fotografías obtenidas en Asia. El precio alemán era de más de 150 millones de dólares, aparte de cuatro millones y medio en concepto de honorarios por consultas. Nehru dijo pensativamente que le parecían unas consultas muy caras. Krupp lo admitió así, pero repuso que valdría hasta la última anna. Luego, en un rasgo de esplendidez, agregó que si el trabajo no quedaba terminado dentro del plazo de cuatro años establecido por el ministro, la firma no cobraría honorarios. Alfried ya era conocido como el mejor vendedor de Krupp, y este golpe de efecto confirmó el aserto. Nehru firmó el contrato (13).

Debido a su educación británica, Nehru había previsto la fundación de una especie de nueva Sheffield. Por el contrario, los arquitectos de Krupp proyectaron Rourkela, como sería conocida la ciudad por todos aquellos que vivían entre Mülheim y Bochum. Konrad Steiler, el delegado de Alfried para Rourkela, dirigió sus hombres hacia Orissa, una comarca del este de la India situada a doscientas millas de la ciudad más próxima, y les dijo que habían ido a construir allí una *neue Essen*. Steiler quería una comunidad tan teutónica como Saigón lo había sido francesa, antes de la guerra. Consiguió lo que se propuso. Actualmente Rourkela posee un hotel tan evocador como el Essener Hof, una plaza semejante a la Bismarckplatz, un parque como el Stadtwald, y una Autobahn, autopista de circunvalación; las colonias de viviendas poseían pisos con dos dormitorios, una cocina y un baño; en la zona central de compras, los coches estaban *verboten*. El colonialismo económico, en algunos aspectos, es idéntico al colonialismo político (14).

Pero los indios se mostraron entusiasmados. Steiler, que dormía con un calendario para cuatro años, batió la marca establecida. La red de

alcantarillados, de electricidad y de tuberías de la ciudad, era espléndida, y los arquitectos rodearon previsoramente cada grupo fabril con un muro lo bastante alto para no ser salvado por animales salvajes. Los arrozales circundantes desaparecieron, pues Steiler los había condenado con un movimiento de su brazo. Más tarde explicó: «Se convino que no habría necios sentimentalismos acerca de los elementos primitivos que hubiese ya allí». Krupp insistió también en que se construyeran hospitales, escuelas, zonas de recreo y teatros. Estos últimos habían satisfecho las necesidades estéticas de cinco generaciones de trabajadores de Essen, y dieron muestras de proporcionar el mismo resultado en la India. Lo mejor de todo, desde el punto de vista del Gobierno, era la Gusstahlfabrik en sí misma. El jefe del Estado en persona, puso en marcha el primer alto horno; Alfried hizo su última aparición para recoger unos 155 millones de dólares y tomar algunas espantosas instantáneas de las puestas de sol, y a continuación el equipo de Steiler dejó los flamantes talleres a los nativos que habían adiestrado previamente, y a los que llamaron Neokruppianer (15).

Aquél resultaba ser un buen negocio, y así lo comprendió Essen. Pero el Konzern había actuado con tanta reserva, que muchos no podían creer que sus motivos fueran únicamente económicos. Los periódicos veían singulares significados en las visitas de Alfried a Tokio, Río de Janeiro, Bangkok, El Cairo, Colombo, Ottawa y Ankara. Por lo general, Krupp se dedicaba a suscribir contratos o a buscar minas que remplazasen a las ya agotadas de Suecia. A pesar de todo, los estadistas afroasiáticos le consideraban como un salvador, y acudían sin vacilar a Villa Hügel. La visita más espectacular fue la del presidente Modibo Keita, de Mali, que pronunció un largo discurso agradeciendo a Alfried la ayuda para poner en pie su país. La secesión del Senegal de la Federación Mali, dejó a Keita en un atolladero, ya que se vio sin transportes para los alimentos. Un envío masivo de camiones de Krupp salvó al primer mandatario africano. Alfried retribuyó las alabanzas de Keita cortésmente, y todos los que estaban en el castillo se sintieron profundamente conmovidos.

Los fabricantes de camiones de Francia comentaron ásperamente que de no haber sido por las intrigas de la política africana, hubieran sido ellos los primeros en llegar a los almacenes de Bamako. Mali no les creyó. El *Manchester Guardian*, el primer periódico aliado que intuyó la gran empresa de Alfried, advirtió en octubre de 1953: «Krupp surge como el competidor más peligroso, en materia de exportación de máquinas-herramientas a las zonas subdesarrolladas del mundo». Pero esas zonas recibían a Krupp, no como un exportador en competencia, sino como un Buen Samaritano. El *New York Times* hizo notar la «espectacular recuperación de la Firma». Los alemanes lo consideraban también así. Hacia 1956, cuando Vera presentó su demanda de divorcio, Alfried tenía una agenda de pedidos para dos años. Según observó Nobert Mühlen,

> «*Wo Hitler als Eroberer versagt hatte, dort waren Krupp-Verkäufer erfolgreich.*»

> «Donde los soldados de Hitler fracasaron, han triunfado los vendedores de Krupp.» (16).

Essen se mostró lógicamente jubiloso ante aquellos progresos. Sin embargo, los triunfos de Alfried, sus avances relámpago en continentes remotos, y el asombroso cambio sufrido por la dinastía, tenían un aspec-

to delicado. En el Justizpalast, Otto Kranzbühler había insistido en que su cliente era un inexperto, incapaz de la dinámica acción que le atribuían los acusadores. Ese fue el punto clave en que se basaron Earl J. Carroll y la Junta Peck, y McCloy, al revocar la decisión del tribunal, aceptó esa versión. Sin embargo, todos los pasos que dio el Konzernherr desde su vuelta al poder, demostraban que era cualquier cosa menos ineficaz; se trataba, como el general Taylor dijo una y otra vez en Nuremberg, de un industrial extraordinariamente capacitado.

En el Hauptverwaltungsgebäude, la junta de directores se reunió y dio con una solución. Se dijo a los periodistas que el verdadero arquitecto era Berthold Beitz. Eso gustó al extrovertido delegado, y también convino al introvertido genio que le eligiera. Otro potentado habría sido demasiado vanidoso para ocultarse entre las sombras. Pero Alfried odiaba la luz de las candilejas, se burlaba de los aplausos, y le preocupaba poco adónde iban los elogios. Lo que contaba para él eran los resultados. Se mostraba complacido al mantenerse a un lado, mientras los periodistas le calificaban como la cansada víctima de los pecados paternos, de una derrota militar, de un encarcelamiento y de dos divorcios.

Aunque agradable para muchos, la versión tenía una base poco firme. Beitz llegó a Altendorferstrasse en noviembre de 1953, un mes antes de aparecer el mencionado artículo del *Manchester Guardian*. Ocho meses habían pasado desde Mehlem, y la más superficial ojeada a las cifras de Janssen, en tal período, revelaba avances asombrosos. Con las decisiones que Krupp tomaba diariamente, Essen comenzó a perder el aspecto de un enorme patio de chatarra hacia fines de esa primavera. Nuevos talleres se estaban alzando sobre las losas de hormigón de los cimientos de la antigua Gusstahlfabrik; las barcazas se deslizaban río arriba en busca de materias primas; los trenes de carga serpenteaban entre las nuevas factorías, de nuevo grises por la pátina del hollín, y camiones tractores Diesel rugían hacia las autopistas, llevando productos listos para su venta en el mercado. Rompiendo con la tradición, Alfried se desentendió de sus muelles de Kiel, de su instalación de Salzgitter, de su línea de máquinas agrícolas, y, lo más importante, de la producción de ruedas de acero para ferrocarriles (17).

Consideró que una maquinaria de nuevo tipo le daría ventaja sobre sus competidores. En esto seguía los pasos de Gustav. Sin embargo, su exploración de los mercados vírgenes fue mucho más productiva que la de su padre. En mayo de 1953, mientras Beitz aún presidía el Germania-Induna, Krupp conmovió el mundo de los grandes negocios introduciéndose en el Pakistán Oriental. Alfried ofreció a Dacca nuevos métodos y procedimientos, así como los planos para numerosas fábricas. Con esas instalaciones, predijo, los Neokruppianer podrían obtener 300.000 toneladas de Pakristanistahl al año, y agregó modestamente que aceptaba un diez por ciento de los beneficios brutos que se obtuvieran. El asunto salió bien, en Dacca se mostraron encantados, y Krupp, desde luego, vio incrementarse sus ingresos anuales fijos.

Durante el primer verano vendió camiones en Oriente Medio, ferrocarriles en Sudamérica y talleres completos en Salónica. Los que le habían conceptuado como un Krupp sólo de nombre, debieron haber estudiado su ingeniosa maniobra con Nehru, o el complejo acuerdo que firmó en Río de Janeiro. El Brasil quería poderosas máquinas aptas para sus vastas extensiones de tierras. Alfried confiaba en que sus secciones técnicas lograrían producirlas. Pero había una dificultad, y es que los brasileños tenían pocos fondos. Krupp sugirió que solucionasen el déficit de su balanza de pagos con la Bundesrepublik mediante una cuenta de cruceiros bloqueados. Río de Janeiro accedió, asignando a Alfried participa-

ción en los yacimientos. Los técnicos de Krupp se dedicaron a extraer mineral, por una cantidad estipulada, desde luego (18).

Los contratos de Dacca y de Río de Janeiro son la clave de un asunto que durante ese año intrigó a mucha gente. ¿De dónde obtenía Krupp su capital? Más tarde Vera suministró algunas respuestas a esto, pero lo cierto es que por entonces él no tenía tanto dinero como parecía. En algunos aspectos, la hazaña más impresionante de Krupp fue la forma en que viajó por todo el mundo, tratando como iguales a presidentes, reyes y jefes de Gobierno, mientras en las salas de contabilidad, Janssen estaba exprimiendo hasta el último pfennig. Más tarde el Finanzdirektor confesó: «Si nos hubiesen obligado a enseñar nuestros libros, nos habríamos hundido. Nuestra situación era mucho más desesperada de lo que cualquiera podía imaginar» *(Unsere Situation war weit schlechter, als irgend jemand ahnte)* (19).

En realidad, tampoco era tan desesperada como Janssen afirma. Las fuentes de donde Krupp obtenía fondos eran variadas y tenían una amplia base. Una fue los setenta millones de dólares que los Aliados habían estipulado por una promesa que él no pensaba cumplir. Otra eran los tiempos que corrían. A semejanza de su padre, en 1923, Alfried fue enviado a prisión durante un período de caos económico; pero a su salida las cosas se habían enderezado, y los Bancos, con su gran fe en lo indestructible de la Firma, le prestaron veinte millones de dólares. Otra fuente cuyos alcances reales nadie llegará a saber, fue el programa de indemnización de Alemania Occidental. Según observó Max Mandellaub, «Krupp fue una de las primeras firmas industriales alemanas que prepararon reclamaciones contra el Gobierno Federal de Bonn, debido a la política de desmantelamiento de las potencias ocupantes después de 1945». Una vez que el Bundestag hubo autorizado la compensación de esas pérdidas, dijo Mandellaub, Krupp se hallaba en situación ventajosa para apreciar su pérdida sin que le controlasen realmente, ya que nadie era capaz de estimar la cantidad de instalaciones que quedaron en Essen en los días del armisticio, y que aún podían ser utilizadas» (20).

Esto era cierto; la Bundesrepublik no iba a controlar las cifras de Alfried. La confianza que se tenía en Krupp, fue una de las bases de su estabilidad. Bonn concedió al único propietario contratos para reconstruir dieciséis grandes puentes sobre el Rhin, le eximió de numerosos impuestos y le adelantó créditos cuantiosos, como uno de 63 millones de dólares del Banco de Crédito a la Exportación, de Francfort. Sumando todas aquellas cifras, la de veinte millones de dólares que la Firma gastó en reconstruir sus fábricas de Essen resulta poco impresionante. No es necesario decir que el Gobierno jamás habría actuado tan benévolamente, ni los banqueros se hubieran portado con tanta esplendidez, de haberse tratado de un oscuro empresario de seguros llamado Berthold Beitz (21).

Al término del primer año fiscal de la época de recuperación. Alfried rompió con las costumbres al invitar a Villa Hügel a todos los Kruppianer con más de veinticinco años de servicio en la empresa. (Algunos llevaban trabajando allí cincuenta años.) Esta fue la primera de las que serían las ceremonias anuales del «jubileo». Como espectáculo, el *Jubiläum* resultó decepcionante. Los periodistas quedaron excluidos del acto, pues el doctor Carl Hundhausen, un miembro del directorio, les echó del salón. Los trabajadores se hallaban fuera de lugar en aquel ambiente, y Krupp, como maestro de ceremonias, carecía de aptitudes. A pesar de todo, el contenido de su alocución llenó de gozo a los empleados. Les descubrió que había nuevos proyectos a realizar en España, Grecia, Pakistán, Irak, Thailandia, Chile, Sudán e Irán. Sólo en la producción de camiones, Krupp ya iba en segundo lugar, después de Daimler-Benz. De

todos modos, había que mirar adelante. Les dijo que iba a establecer una firma subsidiaria para realizar investigaciones de planificación industrial y construcciones en el extranjero, y que pronto, con patentes y licencias obtenidas en Nueva York, fabricarían maquinaria textil y la venderían por intermedio de una empresa suiza. La hoja de balance, agregó, no podía ser examinada, desde luego, ya que a diferencia de los gerentes de las sociedades anónimas, él destinaba los beneficios obtenidos a la expansión de la Firma. De todos modos, podía decirles que ese importe, al término del año, había sido de 238 millones de dólares (22).

Oyóse entonces un contenido murmullo de asombro. Krupp alzó una mano y dijo: «No nos pongamos demasiado contentos con el trabajo que hemos hecho, y por encima de todo, no seamos presuntuosos, pues no es ningún secreto que aún no hemos cruzado lo más alto de la montaña».

El *Jubiläum* siguiente tuvo que celebrarse en el Saalbau —teóricamente el auditorio cívico de Essen, aunque lo era de Krupp cuando éste lo deseaba—, debido a que en Hügel ya no cabía la concurrencia. Ya había 91.000 nombres en las listas del personal de la empresa, que rápidamente subieron a 125.000. Cada año que pasaba crecía el enorme catálogo de productos, y las actividades en que entraba la Firma: comunicaciones, fibras textiles artificiales, instalaciones purificadoras de agua, plásticos, y aparatos para limpiar de polvo la atmósfera (lo que por desgracia nunca se aplicó a sus propias chimeneas, que lanzaban torrentes de hollín). La Weser A. G., de Krupp, estaba construyendo el 15 por ciento de todos los buques de Alemania. Doscientos de sus científicos habían obtenido un nuevo y espectacular material, el titanio, que era inoxidable, fuerte como el acero, pero un ochenta por ciento más ligero, lo que le hacía ideal para aviones de propulsión a chorro. Al cabo de tres años del primer jubileo, los beneficios del Konzern se habían cuadruplicado. Los Kruppianer hacían negocios ahora por valor de mil millones de dólares anuales, un quinto de lo cual se enviaba al extranjero (23).

Pero hasta esto era una afirmación imprecisa. Alfried omitió discretamente los 1.250 millones de dólares de la segregada *Holdingfirma* Hütten—und Bergwerke Rheinhausen Dachgesellschaft. Explicó que como caballero que cumplía su palabra, no entraría en los negocios de sus propiedades de acero y carbón, y los empleados que había allí no podían conceptuarse como Kruppianer, ni recibir los tres anillos dorados al cumplir los cincuenta años de trabajo con la empresa. El código del honor alemán presenta indudables lagunas. Según el pacto que había suscrito con París, Londres y Washington, Alfried había acordado liquidar esas acciones, pero no hizo nada de eso. Le parecía poco honrado visitar las fraguas y las minas, pero perfectamente lícito embolsarse los beneficios. Como la producción de acero de Alemania había sobrepasado ya los 28 millones de toneladas, colocando a la Bundesrepublik en el tercer lugar del mundo, detrás de Estados Unidos y Rusia, puede comprenderse que tales beneficios eran considerables. Después de una exhaustiva investigación, el periódico francés *Réalités* informó que Krupp era ya la cuarta compañía de Europa por su importancia, detrás de la Royal Dutch Petroleum, de Unilever, y de Mannesmann. La fortuna personal de Alfried se estimaba en 800 millones de dólares. Su producción de acero ascendía por entonces a cinco millones y medio de toneladas, cifra comparable a la de Jones y Laughlin, que hacían el número cuatro en Estados Unidos. La Reuter señaló que el impulso que Alfried dio a su empresa en los años cincuenta, era superior al de los años veinte de Gustav. Un escritor alemán declaraba: «Desde el punto de vista económico, esto es un saludable progreso» (*...ist diese Entwicklung gesund*) (24).

Desde el punto de vista de las relaciones públicas, en cambio, lo que se obtenía era un tremendo dolor de cabeza. El doctor Hans Günther Sohl en una de las declaraciones más singulares de la época, descubrió a un periodista del *New York Times* que «el complejo del Ruhr [el temor a la concentración económica de la histórica armería del Reich] no había sido superado en algunos lugares». Estos comprendían varias de las naciones que Alfried estaba visitando. Menos de diez años habían pasado desde el gran holocausto del siglo, y numerosos soldados lisiados por cañones del 88, y orugas de los tanques Tigres, se sentían impotentes en su cólera al oír hablar de las fabulosas ganancias de Krupp. En Melbourne, al descender del avión, fue acogido con silbidos y gritos de «¡Asesino de judíos! ¡Carnicero!». Mirando por encima de las cabezas, Alfried manifestó serenamente: «Siento que algunas gentes lamenten mi presencia en Australia». En un hotel de Otawa le recibieron unos veteranos de la contienda con carteles en que se leía «¡VUELVE A NUREMBERG, CRIMINAL DE GUERRA!» (25).

Hasta en las naciones subdesarrolladas había a veces un momento de angustia, después de que las ruedas del reactor de Alfried tocaban la pista del aeropuerto. Según explicó *The Times*, de Londres, después de una de las visitas de Alfried a Rourkela, «cuando herr Krupp llegó recientemente a la India, fue recibido en seguida por el señor Nehru; siempre existe el temor de que algún funcionario de inmigración le niegue la entrada». En Europa las críticas seguían siendo acerbas. En la Cámara de los Comunes un miembro conservador se lamentaba cada poco tiempo sobre «la forma en que tratan a ese empleador en gran escala de trabajadores esclavos». En la Cámara de los Lores, un par se ponía en pie de vez en cuando para pedir que «ese infame criminal de guerra sea castigado». Incluso en el Bundestag, los socialdemócratas acérrimos seguían murmurando acerca de «*die blutige Internationale der Händler in Tod*» (26).

Krupp pasó el desagradable problema al doctor Hundhausen, y a un grupo de cuarenta manipuladores de la opinión pública perfectamente adiestrados. A primera vista el obstáculo parecía insalvable; a pesar de todo, le hicieron frente, en gran parte debido a que estaban respaldados por una larga tradición. En efecto, sería difícil hallar una empresa de armamentos con más larga experiencia para colocar historias en los periódicos. Friedrich Krupp escribió, ya en 1819:

> «Desde que el contable Grevel ha logrado que le publicasen un entusiasta artículo en un periódico de Francfort, las ventas aumentaron apreciablemente. Las reales fábricas del Rhin han servido pedidos de bayonetas y cañones de fusil de acero [*Aus den königlichen Hütten am Rhein kommt eine Bestellung auf Stahlblöcke für Bajonette und Kanonerohre*].» (27).

Alfred, el Gran Krupp, se daba más cuenta del valor de una propaganda favorable, que los potentados norteamericanos de cincuenta años más tarde. En su primera época, cuando Madison Avenue, de Nueva York, se hallaba aún sin pavimentar, Alfred se dedicaba a distribuir comunicados entre los periodistas de Berlín, y en el Parlamento alemán, y en noviembre de 1866, setenta años antes de que I. G. Farben contratase a Ivy Lee para que mejorase el cariz de su figura, escribió una notable carta a Albert Pieper:

«Considero que ahora es el momento para hacer relatos precisos sobre nuestros talleres, por parte de los verdaderos intelectuales, los que deben ser enviados a intervalos regulares a periódicos que cubran todo el mundo. Nosotros podemos suministrar el tema, y, si no hallamos gente capacitada y dispuesta a ofrecer ayuda, debemos ponernos en contacto con directores de periódicos respetables.» (28).

Tanto el primero como el segundo Kanonenkönig convirtieron las exposiciones industriales en carnavales *kruppsche*. Alfred se hizo famoso en el mundo al exhibir su cañón de acero en Londres; Fritz asombró al público de la feria de Filadelfia en los años noventa con sus gigantescos obuses, y Alfried, siguiendo el ejemplo de ambos, atrajo de nuevo la atención presentando una cubierta de reactor atómico, de setenta y cinco toneladas de peso, en la feria de Hannover de 1963. Todas las generaciones de Krupp se mostraron disgustadas con su mala reputación en el extranjero, y trataban de mejorarla por todos los medios.

A comienzos del presente siglo, los periódicos publicaron una serie de artículos, bajo sospechosos seudónimos, describiendo el Essen de Fritz Krupp como un extraño paraíso, en el que los artesanos fumaban en largas pipas, mientras observaban alegremente el panorama a su alrededor con gafas de contorno octogonal, y el aroma de su tabaco se mezclaba con el de las rosas. Luego, entre 1914 y 1918 los escritores aliados fueron sumamente duros con la familia. La curva de las alabanzas subió de nuevo a continuación, para hundirse velozmente en los años cuarenta. *Life* sacó en conclusión, entonces, que «al menos tanto como Adolf Hitler, la familia Krupp es responsable de las bajas aliadas en la Segunda Guerra Mundial». *Time* se refería a Alfried como a «Herr Krupp, mercader de la muerte».

Pero al regreso de la cárcel y al cesar las penurias, el gráfico de los elogios ascendió una vez más. Dos escritores norteamericanos que tuvieros fueron tratados igual que los obreros alemanes, durante la guerra. Freda Utley y Louis Lochner. Este último escribió que había hablado con Kruppianer en Essen, quienes le dijeron que los trabajadores extranjeros fueron tratados igual que lo sobreros alemanes, durante la guerra. Según él, el tribunal «prefirió ignorar esos testimonios». Miss Utley, que había trabajado en el Instituto de Economía Mundial y Política de Moscú, entre 1930 y 1936, y luego dio un salto sobre el muro, declaraba que la Ley N.° 10 del Consejo de Control era un ejemplo característico de «la influencia de los comunistas», que acusaban a «la mayor parte de la clase capitalista». Agregó que se había enterado de que el tribunal que juzgó a Krupp era «el que tenía más prejuicios» y características antiamericanas de los de Nuremberg —en un párrafo confunde al juez Anderson con el juez Daly—, y que había razones para sospechar que el general Telford Taylor «mostraba simpatías hacia la Unión Soviética» (29).

Incluso en la era de McCarthy, en que se hallaban, Louis Lochner y Freda Utley sólo consiguieron que les prestasen escasa atención. Luego, directores de periódicos de mayor difusión parecieron querer volver sobre el tema. El *Tablet*, de Brooklyn, inició un ataque despiadado contra el general Taylor, criticando su actuación durante el caso Bergen-Belsen (en el que ni siquiera había tomado parte Taylor). Del caso Krupp, el *Readers Digest* dijo: «Fue juzgado en un ambiente de emociones encontradas... Pero el acusador aliado estaba decidido a dar un escarmiento a la Casa de Krupp». La revista *Time*, contradiciéndose, citó observadores anónimos que tenían la esperanza de que «la prohibición de producir armas (por Krupp) fuera pronto retirada», basándose en que «cuanto

antes entre Krupp en el rearme mejor será». *Newsweek* escribió que Alfried «tuvo poco que ver con Hitler». Para *The Times,* de Londres, el pecado de Krupp había sido el ser él el sentenciado «en lugar de su padre, que estaba enfermo» (30).

Estos comentarios fueron debidamente apreciados en el Hauptverwaltungsgebäude, donde un grupo, bajo la dirección de Hundhausen, preparaba a diario un resumen de la Prensa mundial para que lo examinase Alfried. El ambiente, convinieron todos ellos, iba mejorando poco a poco, y conforme pasó el tiempo se fueron introduciendo algunos refinamientos para atraer mercados al Konzern. Los visitantes del extranjero contemplaban asombrados la enorme extensión del imperio de Krupp. En Villa Hügel, un globo iluminado mostraba las bases y proyectos de Krupp en Oriente Medio, Australia, Norte y Sudamérica, Europa, Africa, India, Pakistán y el sudeste asiático. Una atención especial se prestaba a tres refinerías que Krupp había construido en la Unión Soviética; a una fundición de acero de Filipinas, factorías Renn en Manchuria, e incluso una instalación de carga de carbón en la costa de Estados Unidos del lago Erie. Los yanquis podían decir a Alfried que se marchase de su país, pero no tenían inconveniente en convertirse en clientes de Krupp.

Para los funcionarios extranjeros con escasa preparación, Hundhausen mandó crear una biblioteca de medios audiovisuales, que comprendía veinticinco películas de largometraje y en colores, así como libros lujosamente encuadernados. Algunos de los párrafos de propaganda son dignos de admiración: «Mientras el inglés se toma su primer whisky y se cambia de traje para cenar, el agente de Krupp está aún en el desierto, haciendo demostraciones de su equipo». «Cuando el comprador de una zona subdesarrollada escribe solicitando ayuda, los norteamericanos le envían una carta como contestación; pero Krupp manda un agente».

Claro está que Krupp procuraba no enviar este material a Inglaterra o a Estados Unidos. Allí se le consideraba como uno de los que contribuían al desarrollo técnico del mundo futuro. Los folletos para Norteamérica recordaban a sus moradores que el acero que protegió al batiscafo *Trieste,* durante su búsqueda del submarino *Thresher,* perdido en el mar, era de Krupp. En tal oportunidad, la inmersión del *Trieste* no fue demasiado espectacular, pero tres años antes, el batiscafo, protegido por el acero desgasificado al vacío Cr-Ni-Mn, había hecho la inmersión más profunda de la historia, de siete millas de profundidad, hasta el fondo de la Fosa de las Marianas, en el Pacífico (31).

Se dedicó luego una atención especial a insertar artículos en los periódicos, contando al mundo entero cómo los ingenieros de Krupp se habían prestado voluntariamente para rescatar el obelisco de granito rojo del faraón Sesostris I, desde su sueño de treinta y ocho siglos en el fondo del Nilo, por un pago simbólico de tres mil quinientas libras egipcias. Gamal Abdel Nasser deseaba erigir el curioso monumento del faraón, en una plaza de El Cairo, y allí envió Alfried un equipo selecto de ingenieros. Empleando prensas hidráulicas, los técnicos alzaron el colosal monolito desde las profundidades del Nilo superior. Luego lo limpiaron y lo trasladaron a la plaza, donde lo colocaron sobre una base de hormigón, por medio de grúas. Durante el acto, rubias azafatas que lucían los tres anillos enlazados, entregaron folletos a los presentes, en que se informaba sobre los medios de que se había valido Krupp para realizar la hazaña. Un perito en relaciones públicas de Essen llamó a las muchachas «los ángeles azules de Krupp», y un ayudante de Hundhausen, que había trabajado con McCann-Erikson en Nueva York, escribió la historia de Krupp en un libro titulado *Tu Gutes und rede darüber* (*Haz bien y habla de ello*) (32).

Los nazis exiliados en Egipto llamaron al proyecto, entre divertidos y desdeñosos, «Operación Agua de Colonia». Para ellos era evidente que el motivo de hacer reaparecer el obelisco de Heliópolis no había sido del todo altruista, por parte de Krupp. Este trataba de captarse la simpatía de Nasser, y lo consiguió. A cambio de esa atención de *Die Firma*, Alfried fue recompensado con contratos para levantar una fábrica de papel, un astillero y dos puentes sobre el Nilo, uno de los cuales unía el centro de El Cairo con la universidad de la ciudad. Eso debía bastarle, pero el Konzernherr tenía puesto el ojo en algo mucho más importante. En una nota interna podía leerse: «El verdadero objetivo de Krupp en Egipto es la presa de Assuan», proyecto multimillonario en dólares. Como no lo consiguiera —el 24 de octubre de 1958 Nasser resolvió el futuro de Assuan obteniendo un empréstito de cien millones de dólares de Kruschev—, Alfried se mostró disgustado. El prestigio de Norteamérica se había resentido, igual que el de Essen. Krupp advirtió a los asistentes del siguiente *Jubiläum*: «Hay un verdadero peligro en la penetración económica de los soviéticos, que se concentra sobre puntos estratégicos y se lleva a cabo sin tener en cuenta los gastos. Así pueden conquistar un país desde dentro, como están a punto de hacer con Egipto» (33).

A otro con ese cuento, exclamaron los bromistas; la penetración rusa en Egipto no era mayor que la de Krupp en el Brasil. Sin embargo, lo que daba al programa de relaciones públicas de Altendorferstrasse un matiz distinto, era su extraordinaria minuciosidad. Nadie puede culpar a los hombres de Hundhausen que trataran de pasar por alto el hecho de que el director de *Neue Zürcher Zeitung*, de Suiza, al examinar fotografías tomadas durante la entrevista entre Alfried y su agente en la Argentina, descubriese la mole de casi dos metros de alto de Otto Skorzeny. Durante siete años, el antiguo Obersturmbannführer de las SS había actuado discretamente como oficial de enlace entre Perón y Krupp. Ahora se le había descubierto, y con ello acababa su participación en aquel asunto. Los hombres de la sección de publicidad que trataron de eludir el tema, estaban realizando su trabajo, librando a su patrono de complicaciones. El personal de Hundhausen lo consiguió, y por ello éste recibió el nombre de *Parfümeriehändler*. En otros aspectos, por ejemplo, insistían en divulgar el glorioso pasado de la *Haus* y la *Familie*. En 1961 se editó *Krupp*, un libro magníficamente ilustrado, en que se enumeraban los «hitos de la Firma», durante el siglo y medio precedente, para la clientela del extranjero. Pero en ese libro no aparecían kaisers, ni Feldmarschalls, ni Grossadmirals, ni el Führer, y no se decía una sola palabra acerca de la fabricación de armas, por parte de la familia.

Alfried estaba tan impaciente por olvidar su carrera como armero del Reich, que hasta prohibió que se vendieran soldaditos de plomo y pistolas de agua en sus grandes almacenes de Essen. Si uno apuntaba su «Leica» hacia el guardia de Krupp, situado junto al retrato del kaiser, en Villa Hügel, el hombre se alejaba de allí. Uno de los directores afirmó: «Jamás volveremos a hacer un arma». Cuando un grupo de estudiantes universitarios sacó a relucir el asunto ante Fritz Hardach, éste replicó solemnemente: «Es mejor hacer recipientes para leche, que cañones». Beitz murmuró a su vez que las piezas de campaña se estaban haciendo anticuadas en el mundo actual. «Si el continente se viera amenazado por una carrera de armas —agregó—, convocaríamos a Schneider-Creusot, Vickers Armstrong y Skoda, y les diríamos: "Hola, tomemos una copa y sentémonos para ver si podemos hacer algo mejor que fabricar armas".» En esto, Alfried no se mostraba tan concluyente. Aunque movía negativa-

mente la cabeza cuando se le preguntaba acerca de la posibilidad de volver a rearmar al Reich, sus razonamientos, en cambio, no resultaban igual de claros: «Fabricar armas no es un buen negocio. La producción civil es más estable en tiempo de paz, y además, siempre existe la posibilidad de que uno pierda la guerra» *(Rüstungsproduktion ist kein Geschäft. Die zivile Produktion ist kontinuierlicher im Frieden, und einen Krieg riskiert man immer zu verlieren)*. No se consideraba en esto el aspecto moral; por consiguiente, si las armas fuesen provechosas, y la victoria cierta, todos los obstáculos quedarían allanados. Había otros aspectos por considerar. Si un funcionario extranjero le pedía que organizase un ejército en su país, Krupp admitía que su posición sería bastante «difícil». En tales condiciones, declaró que «lo haríamos; no debemos olvidar la realidad» (34).

Ciertos escritores que admiraban a la Firma, trataron a veces de demostrar que no hubo vínculos entre Gustav Krupp e Hitler, al menos cuando éste subió al poder. En el año siguiente a Mehlem, Gert von Klass escribió:

> «Al comenzar 1934, Hitler trató de convencer a la firma Krupp para que construyera armas cuya fabricación estaba prohibida por el Tratado de Versalles. Su petición fue seguida de prolongadas negociaciones en Berlín, que se hacían cada vez más ásperas conforme pasaba el tiempo. *(Diese Wünsche lösten zahlreiche Verhandlungen in Berlin aus, die im Laufe der Monate immer unangenehmer wurden)*... Gustav... se mostraba sumamente reacio a violar el Tratado de Versalles, puesto que consideraba los pactos como sagrados por su propia naturaleza (35).»

Dos años después de Klass, Ferdinand Fried, un docto cronista alemán, declaró que sólo en 1936 «la fabricación de armas se reanudó una vez más en Krupp *(dass... mit der Waffenproduktion wieder begonnen würde)*, como ocurrió en muchas otras siderurgias». Esto es totalmente inexacto. El liderazgo de la Firma en el rearme alemán se establece en los informes anuales privados y en los archivos de Gustav que han quedado. De ser aquello cierto, el Konzern habría estafado al Führer la fortuna que éste le pagó. Al manifestar que la Gusstahlfabrik estaba dispuesta para el rearme «sin un momento de demora» *(ohne einen Augenblick zu zögern)*, cuando Hitler llegó al poder, Essen solicitó una compensación. En un memorándum dirigido al Gobierno, el 18 de julio de 1940, Johannes Schröder manifestó: «Sin tener un contrato del Estado, Krupp mantuvo sus talleres y experimentos propios desde 1918 a 1933, y dedicó para este fin no sólo los beneficios totales de sus minas de carbón y acerías, sino también amplias reservas ocultas ingresadas con el primer pago en marcos de oro procedentes de los beneficios de los años de anteguerra. Krupp estaba así en situación, cuando se inició el rearme, de producir los más modernos artefactos, inmediatamente y en serie, y también de instruir a muchas otras firmas». Berlín, sabiendo que era cierto, pagó a la Firma los trescientos millones (36).

No pueden ignorarse hechos tan evidentes como la conspiración durante quince años, contra el Tratado de Versalles, llevada a cabo por Krupp. Cierto es que no se podía comprar una pistola de juguete en el Konsum-Warenhaus de Essen, ahora, después de la Segunda Guerra Mundial; pero de todos modos existía la sospecha de que el Konzern estuviera fabricando algo no muy pacífico. En 1953, la firma Flugzeugbau G. m. b. H., de la Krupp, comenzó el montaje de reactores caza en Bremen. Los norteamericanos pudieron protestar en el Congreso, pero

eso de poco habría valido, ya que Alfried se protegió convenientemente contra esa clase de ataque de flanco, vendiendo el 43 por ciento de los intereses de la empresa subsidiaria, a la United Aircraft. Krupp, según se dijo en Washington, estaba fabricando armas para el Mundo Libre.

Alfried dio las gracias al Gobierno alemán, y agregó que si Bonn le pedía algo más que aviones de reacción, podría dárselo. Sin embargo, cuando el *Mirakel* de Krupp en el Ruhr se hallaba en su apogeo —habiéndose duplicado con exceso los fondos de anteguerra de la familia—, cualquier cambio en el *status quo* parecía una locura. En los mejores días del kaiser, el Alldeutsche Verband dijo que «*Dem Deutschen gehört die Welt*» (El mundo pertenece a los alemanes), así como «*Heute Deutschland, morgen die ganze Welt*» (Hoy Alemania, mañana el mundo entero). Por ahora era *übermorgen,* pasado mañana, y Krupp había conseguido un imperio mundial sin disparar un solo tiro. Había iniciado la marcha a las nueve de la mañana del 10 de febrero de 1951, avanzó resueltamente entre la neblina de Landsberg, y conquistó todos sus objetivos. Ahora era dueño de casi todo lo que alcanzaba a ver, lo cual, desde la cabina de reactor Jetstar, era bastante. No había razón alguna para volver a crear la *Waffenschmiede.* En tono de broma, *der Amerikaner* dijo: «Cuando termine la próxima guerra, serán las industrias de electrónica y los fabricantes de cohetes *(die Fabrikanten elektronischer Geräte und die Raketenmacher)* los que deberán sentarse en el banquillo, ante los tribunales de guerra, y no nosotros» (37).

Actualmente ocurría así. Pero, ¿qué iba a pasar mañana? No había nada que impidiera a Alfried iniciarse en el campo de la electrónica, de los proyectiles dirigidos o de la investigación atómica. A decir verdad, ya estaba trabajando en dos de esas actividades. En algún punto del norte de Alemania, no lejos de Meppen, los científicos de Alfried estaban perfeccionando su primer cohete de tres pisos, y ya la primera pila atómica de la Firma se hallaba dispuesta para su uso. Para echar un vistazo a este futuro de Krupp se requería un pase especial, un mapa, y la suficiente gasolina en el coche para trasladarse a sesenta y dos millas hacia el sudeste por la Bundestrasse N.º 1, luego de atravesar las enormes antenas de radio de Deutsche Welle, cuyo acre cuadrado de maraña de acero y alambre emitía los programas en alemán de la Bundesrepublik, para los expatriados de Sudamérica, durante las veinticuatro horas del día. En la apacible población de Jülich, situada en Westfalia, a doce millas de la frontera holandesa, había que internarse por una estrecha carretera comarcal y avanzar más allá de una antigua mansión de ladrillos rojos, ahora utilizada como taller de reparaciones del ferrocarril. El paisaje evocaba al Gloucestershire, con los fantasmales pueblecillos de piedra gris que hay entre Cheltenham y Tewkesbury, y aquí, como allí, uno se preguntaba de qué se mantenía la gente.

De improviso la pregunta quedaba contestada. Al volver una curva, la carretera mejoraba espectacularmente y se ampliaba a cuatro sendas. Un semáforo rojo se encendía al acercarse el vehículo. Los controles de este semáforo se hallaban en una caja con el letrero «SICHERHEITSZENTRALE» (CENTRO DE ALARMA). Justo enfrente se hallaba un portón pintado con franjas negras y blancas. Al presentar el pase, le dejaban seguir por un laberinto de pasajes (sin unas instrucciones detalladas nadie podría orientarse en aquel lugar), hasta llegar a una segunda puerta, con el rótulo «ATOMKRAFTWERK», donde debían mostrarse los documentos a un segundo centinela armado. Más allá, entre un denso bosque, se hallaba el orgullo de Alfried, una construcción alta, de forma extraña, que lucía en su exterior los tres anillos familiares y un letrero en el que se leía «ATOMREAKTOR».

Los Kruppianer que había allí llamaban al reactor de pruebas de quince megavatios, KFA, de Kernforschungsanlage (planta de investigación nuclear). Financiado en parte por un ministerio de Bonn, el reactor atómico fue levantado por una subsidiaria de la Krupp, el BBC — Krupp Institut für R — Entwicklung (Instituto para el desarrollo de reactores). Si los papeles del visitante se hallaban en orden, el joven director, doctor Claus von der Decken, podría explicarle cómo el ingenio de Krupp consiguió una masa crítica en 1967. Más de cien mil bolas de grafito, hechas de coque —son casi infinitos los usos que puede darse al coque de Krupp—, se usaron para escudar el uranio. Fue un experimento, y dio buenos resultados. Ahora el doctor Von der Decken estaba construyendo una gigantesca pila atómica. En un principio esperaba tenerla lista para una fecha indeterminada entre 1972 y 1975. De hecho, el reactor de quince megavatios quedaría concluido antes de 1970, empleando esas cien mil extrañas bolas (38). Von der Decken trabajó bajo un acicate superior. Herr Krupp, con su amplia base de ingeniería, parecía enajenado por el proyecto. Cada poco tiempo se presentaba en su automóvil para examinar la marcha de las obras, y hacía delicadas preguntas relativas a dicho plan.

Según explicó el doctor Von der Decken, sería un generador de reactores. Para un hombre poco enterado de la materia, el asunto resultaba portentoso: «Una vez que el piloto se encuentre en funciones, podrá obtenerse plutonio del generador, y con ello sería posible lograr una bomba de plutonio». Luego agregó: «Esta sólo producirá energía para las centrales eléctricas, desde luego». Cabe que sea así. El U-235 de Krupp fue suministrado por la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos. Eso demostraba lo lejos que quedaba el pasado, aunque, naturalmente, no ofrecía un indicio de lo que sería el mañana, ni cómo llegaría.

El 29 de marzo de 1956, Bertha Krupp cumplió los setenta años; lo celebró en Villa Hügel, y la familia se detuvo un momento en su total entrega al futuro para rendirle un homenaje. Bertha seguía siendo la reina del Ruhr, y para muchos, incluso de Alemania. Justamente siete decenios antes, su septuagenario y larguirucho abuelo miró irritado a la niña recién nacida que descansaba en su cuna en el ala pequeña del castillo. Diecisiete meses después, el emaciado cadáver del anciano era llevado lentamente colina abajo, a la luz de las antorchas. Ahora la nieta se acercaba a la edad que Alfred tenía entonces, y sus allegados comprendían el notable vínculo con el pasado que resultaba Bertha.

En el último jueves de marzo de 1956, Bertha se colocó un chato sombrero de pieles en la cabeza, se echó un chal sobre el vestido negro, y se dirigió hacia Villa Hügel para pasar revista al directorio. Seguido de Alfried, media cabeza más alto que ella, y de Arndt, media cabeza más bajo, avanzó ante los hombres que formaban en línea. Era una escena que ella ya había conocido de muchacha. La luz de las grandes lámparas iluminaba los tapices de los muros, y los directores, con pantalones de rayas y levita, se mantenían erguidos, con las manos cruzadas delante, para inclinarse profundamente cuando ella pasaba. Siguiendo el protocolo acostumbrado, ella les ignoraba, mirando derecho al frente y avanzando sobre el parquet con ese lento y grácil paso que debe aprenderse en la niñez, o no se consigue nunca. A continuación procedió a donar una nueva puerta para una iglesia de Salzburgo, aceptó que se impusiera el nombre de Bertha-Schwestern-Wohnheim a la moderna maternidad de Essen, y se dispuso a recibir los numerosos regalos (39).

Aunque era satisfactorio todo aquello, no le producía sorpresa alguna,

ya que Bertha había recibido el mejor regalo de su vida cinco meses antes. En su honor se habían bautizado en tiempos pasados los Stukas, los cañones del 88, y gigantescos obuses, pero nada de ello le impresionó. Mas su patricia compostura se vino abajo en la mañana del 11 de octubre de 1955, al recibir una llamada telefónica en su finca de ladrillos rojos del número 10 de Berenberger Mark, informándole que entre los últimos ochocientos militares de la Wehrmacht que acababan de regresar desde Siberia, se hallaba un oficial alto y desgarbado, que a pesar de su barba poseía el altivo continente de la dinastía. Era Harald, que volvía después de habérsele dado por muerto en acción, o de creerle fusilado por los soviéticos (40).

En ese momento Harald se hallaba en el Friedland Stalag, cerca de Gotinga. Un periodista avispado de Essen le había identificado. Harald no dijo nada; a semejanza de sus compañeros, se hallaba desconcertado. Al saberlo, Bertha mostróse demasiado emocionada para hacer el viaje. Alfried estaba en ese momento a la caza de mercados, y Berthold de vacaciones en Grecia, con su esposa, celebrando el nacimiento de su primer hijo. De modo que Waldtraut corrió desde Bremen, recogió un «Mercedes» nuevo del garaje familiar, y se dirigió al campamento donde halló a su hermano en un rincón, cansado y temeroso. Ella quiso sacarle en seguida de allí para llevarle a un hotel y llamar a un sastre, pero él le rogó que aguardase. Las cosas estaban sucediendo demasiado aprisa, y se sentía mareado. Harald pidió a su hermana que le dejase allí hasta el día siguiente. «Luego, habiéndole pedido que se fuera —recordó Harald más tarde—, me di cuenta de que tendría que pasar siete u ocho horas hablando con los periodistas. Pero todo salió muy bien. Yo no tenía una idea verdadera de la situación en la Bundesrepublik, ni en Villa Hügel. Ellos me informaron, y les proporcioné a cada uno su pequeña anécdota».

A la mañana siguiente, Waldtraut regresó con el sastre y se llevó en el automóvil a su aún perplejo hermano a un hotel retirado de Kassel, veinticinco millas más allá del campamento. Durante dos días Harald durmió, le tomaron medidas, se sometió a una dieta más consistente, y contó a su hermana lo que le había ocurrido en aquellos diez años. Fue un relato extraordinario, y Waldtraut le escuchó entre fascinada y temerosa.

Descubierto en Francfort del Oder, cuando estaba a punto de ser repatriado, le llevaron a una prisión política de Moscú, donde estuvo desde mayo de 1946 a marzo de 1947. Luego, durante los tres años siguientes, le tuvieron en una cárcel solitaria de los alrededores de la ciudad, aunque no sabía con exactitud el lugar. Sus compañeros de prisión eran generales de la Wehrmacht, KZ Lagerführers, científicos germanos, *Bonzen* del partido, y diplomáticos del Reich, si bien los rusos les llamaban a todos prisioneros de guerra. El primer año de interrogatorios pareció interminable. Ocho veranos más tarde, Harald declaró a un escritor norteamericano: «Llamábamos "estudios" a esas sesiones, porque ellos nos estudiaban a nosotros, y nosotros a ellos».

En realidad, no podían sacar demasiado a Harald. A semejanza de Berthold, sólo tenía una idea muy vaga de lo que hacían Gustav y Alfried. Sus interrogadores ensayaron con él todos los métodos psicológicos concebibles. Una vez que le pidieron que preparase un discurso sobre «La infancia del hijo de un capitalista», Harald se explayó sobre dos recuerdos: cuando iban a coger flores, y cuando jugaba a tirarse al suelo con los otros chicos. Sus guardianes se enfurecieron. Eso, le dijeron, bien podía ser el recuerdo de la niñez de un obrero explotado.

Llenos de disgusto le encerraron en una celda durante tres años.

A solas en su reclusión, no podía tener más que una fragmentaria idea del mundo exterior, si bien ésta no fue del todo inexacta. Se enteró del juicio de Alfried en Nuremberg, por ejemplo, y aunque los periódicos que echaban por debajo de su puerta de acero estaban llenos de sombríos informes acerca del desempleo crónico en Alemania Occidental, y sobre relatos del fracaso del «Volkswagen» en la posguerra, nada de ello le desanimó: «Uno se acostumbra a entresacar la verdad de los periódicos totalitarios —dijo—, y yo adquirí un gran entrenamiento con Goebbels».

Hacia diciembre de 1949, cuando su hermano mayor iniciaba su decimoséptimo mes de encarcelamiento en Landsberg, y Gustav se acercaba rápidamente a su fin en la posada cercana a Blühnbach, Harald creyó entrever una posibilidad de liberación, pues todos aquellos alemanes contra los que se encontró alguna prueba de culpabilidad, habían sido ya juzgados y liquidados por los soviéticos. Pero sus esperanzas se vinieron abajo de pronto, cuando los dos mil condenados que quedaban fueron acusados sumariamente de «criminales de guerra». En enero (fue en la misma semana en que se incineraron los restos de Gustav, aunque esto, claro está, no lo supo Harald), tres jueces y un intérprete entraron en la celda de Harald, con el expediente del prisionero, y se dirigieron a él llamándole *Kriegsverbrecher*. Según pudo comprender, iban a juzgarle. El tribunal le acusaba de haber enseñado a los rumanos a emplear las armas de Krupp, de realizar espionaje en Besarabia, de haber estado en contacto con el C-1 (servicio de espionaje de la Wehrmacht), y de ser un nazi destacado.

Harald repuso que no había nada de ilegal en dar instrucciones sobre artillería en tiempos de guerra, que sólo estuvo en Besarabia dos días, enseñando a las tropas el empleo de la mira de los obuses, y que únicamente conoció a un oficial del C-1, pero fue en una celda de un campamento de prisioneros de guerra soviéticos. («Eso no importa», repuso secamente uno de los jueces.) La última acusación era la más seria. Harald hizo notar que fue nacionalsocialista sólo dos años. No podía negar haber conocido a Hitler, Goering, Goebbels e Himmler, pero las circunstancias fueron desusadas. El era entonces un muchacho, y ellos llegaron como invitados a casa de su padre. El tribunal no se mostró convencido. Le enviaron fuera de la celda durante cinco minutos. Cuando regresó, pudo enterarse de que le habían condenado a veinticinco años de trabajos forzados en un campamento.

Así fue como, mientras los norteamericanos se preparaban para liberar a Alfried, que estuvo plenamente vinculado al régimen nazi, a su hermano, casi sin antecedentes políticos y al que Hitler había desheredado al mismo tiempo que a los otros con la Lex Krupp, le trasladaban a la vertiente oriental de los Urales. Vestido con un sucio mono y unas botas desastradas, Harald bregó durante cinco años en las minas de hierro cercanas a Sverdlosk, a unas dos mil millas de distancia de su hogar, más cerca de Mongolia y de Nueva Delhi que de Essen. Los que sufrieron en un campo de concentración de Krupp, pueden considerar que esto fue justo. Lo cierto es que la condena debió haber recaído sobre un miembro de la familia con más culpabilidad que Harald.

En la primavera de 1955, éste acababa de terminar una quinta parte de su condena. De no ser por una amnistía, no iba a volver a Alemania hasta 1975, cuando fuera a cumplir cincuenta y nueve años. Pero poco después los rusos liberaron a todos los «criminales de guerra» austríacos esclavizados en los Urales. Los dos mil alemanes comentaron llenos de júbilo que no tardaría en llegarles a ellos su turno, y el cuarenta por ciento, Harald, entre ellos, estuvo acertado. El sino de los otros mil

doscientos, algunos de los cuales fueron muy amigos de Harald, permaneció —y seguirá— siendo oscuro.

Terminó Harald su relato cuando el «Mercedes», diestramente conducido por su hermana, salvaba los tortuosos pasos situados al norte del pico Kahler Asten. Su hermano no podía manejar, en realidad porque no sabía ni cómo se pulsaba el arranque. Jamás había visto un automóvil como aquél, ni carreteras como las que recorrían, ni recordaba un traje como el que llevaba puesto. Hasta esa mañana, habían transcurrido dieciséis años sin que se pusiera ropa de calle o de civil.

Adenauer era un hombre sin sentido para él; nunca había oído hablar de John J. McCloy ni de Berthold Beitz; pero le intrigaron las transformaciones experimentadas con Ludwig Erhardt. Supuso que sería otro Schacht, y que Alfried le conocería bien. Tendría que preguntar a Alfried un montón de cosas, ya que el Reich que había dejado a la edad de veintitrés años no se parecía en nada a la Bundesrepublik que alcanzaba a ver a través de la ventanilla del veloz coche, cuando le faltaban siete meses para cumplir cuarenta años. El mes antes de que Eckbert cumpliera diecisiete años —Waldtraut le contó que el menor de los hermanos había muerto en Italia, nueve años antes—, Harald recibió el título de licenciado en abogacía *(Rechtsbeistand)*. Ahora todo lo que sabía de leyes era que podían trasladar a un hombre a un campo de prisioneros, durante muchos años, porque había jugado al *Fussball* en un jardín, mientras su padre agasajaba al Führer en su casa. De nada valía presentarse ante los tribunales. Tendría que buscarse una nueva carrera, se dijo. Seguramente Alfried podría hallarle algo adecuado.

El Konzernherr volvió rápidamente para estar presente cuando llegara Harald, y mandó que pintasen un cartel, que festoneado de verdes ramas del parque de Hügel sería colocado sobre la puerta de Berenberger Mark 10. El letrero decía «HERZLICH WILLKOMMEN» (entrañable bienvenida). Esta le fue dada en las escaleras de la casa por Bertha y Alfried, y un fotógrafo de Krupp captó minuciosamente la escena. Waldtraut tenía cogido a su hermano del brazo; a decir verdad, casi parecía estar sosteniéndole, pues él comenzaba a recuperar el peso perdido. Waldtraut acababa de divorciarse y estaba próxima a contraer enlace de nuevo, y era la chica vivaracha que él siempre había conocido. Alfried, en el extremo derecho de la foto, exhibe la sonrisa más amplia que jamás se le viera. Bertha se halla entre ambos hijos, vestida de color claro. La madre, el hermano mayor y la hermana, miran todos hacia su derecha; sólo Harald observa directamente a la cámara. El también está resplandeciente de gozo, pues la novedad de su traje caro, de su camisa y su corbata de seda, resultan evidentes. La tez conserva un tinte grisáceo. Sólo los ojos parecen tener plena vida; el resto es como de cera. Harald pareció quedar verdaderamente satisfecho cuando el fotógrafo se hubo marchado. Entonces Alfried y Waldtraut permanecieron afuera, mientras la madre y el hijo reaparecido entraban en la casa en silencio. Para Harald, la conversación fue «profundamente conmovedora». Por fin volvieron cogidos del brazo, pasearon por los caminillos de Hügel y charlaron otro poco. «Las madres siempre esperan —dijo Harald, más tarde—. Ella sabía por qué me habían retenido en Rusia. Sabía que eso no me hubiese pasado de haberme llamado Schultz o Schmidt.»

De haber sido un Schultz o un Schmidt, a éstos se hubieran limitado los actos de su regreso: abrazos, tiernas palabras, y después, el relato de su odisea. Pero ningún acontecimiento de los Krupp está completo sin la presencia de los abogados de la familia. Estos tenían asombrosas

novedades para el Lázaro de la dinastía. En los Urales, Harald pensaba en sí mismo como en un hombre sin un céntimo. Al fin y al cabo, Alfried era el único heredero. Pero ahora Harald se enteraba de que era un capitalista. Mientras partía rocas con el martillo en las afueras de Sverdlosk, se había convertido en millonario. Según el acuerdo de Mehlem, el Konzernherr le debía dos millones y medio de dólares; esto no era mucho para Alfried, pero sí lo suficiente para que el antiguo prisionero de los Urales se sintiera financieramente seguro. Gracias a aquel hecho afortunado, tanto Harald como Waldtraut, Irmgard, Arnold y Berthold, se habían independizado del jefe de la familia. Berthold colocó la mayor parte de su dinero en dos empresas: la Wasag A. G., una sociedad de productos químicos de Essen, y Gurid G. m. b. H., una factoría de frenos de Hamburgo. Al regresar de Grecia, Berthold quiso que Harald fuera socio suyo, y Jean Sprenger se aplicó a decorar unas oficinas modernas para ambos en Rolandstrasse 9, a sólo una manzana de Saalbau.

Con el tiempo, Harald encontró una esposa en Wuppertal-Barmen, a veinticinco millas de Essen, y se construyó un hogar en Hügel Park. Las antenas de televisión de los tres hermanos se alzaban en un monte situado al este del castillo. La de Alfried, claro está, era la más alta. Al fin Bertha llegó a tener doce nietos. Con la excepción del Konzernherr, los hijos y las hijas de Gustav se casaron todos con miembros del patriciado alemán. La esposa de Harald, Doerte Hillringhaus, era hija de un fabricante del Ruhr. El suegro de Berthold había sido Ago von Maltzan, embajador de Weimar en Washington entre 1925 y 1927; y tras su divorcio, Waldtraut contrajo enlace con el propietario de unos astilleros, miembro de una nueva aristocracia teutónica que se estaba formando en Argentina. Las hijas, como es natural, siguieron a sus maridos. Los hijos, en cambio, permanecieron a la sombra de lo que su *Urgrossvater* consideraba como un palacio. «De este modo —explicaba Berthold—, todos vivimos juntos en *der Hügel*, detrás de la verja, y eso es muy acertado, porque nuestros hijos juegan juntos y van a verse unos a otros.» (41).

Así también los últimos años de Bertha se vieron bendecidos por una tranquilidad que nunca había conocido antes. Condenada desde la cuna porque había nacido niña, huérfana de padre en su adolescencia por el mayor escándalo de la Alemania del kaiser, se casó con un autómata xenófobo dieciséis años mayor que ella, y siendo aún una joven madre vio su hogar amenazado por grupos de comunistas alemanes. Para tener a Waldtraut tuvo que ir a un refugio oculto. Dos de sus hijos habían muerto con el uniforme de un Führer al que siempre despreció. Al fallecer su esposo no tenía lugar donde llevar sus restos, y su hijo mayor estaba mientras tanto recluido en una cárcel de Baviera.

Las mujeres de otros países más libres se hubiesen quejado de su situación. Después de todo, podía decir Bertha, ella fue la Konzerndame desde 1902 a 1943, los años más críticos en la historia de la Firma y de la patria, y sólo se retiró de su puesto después de que Hitler le pidiera que transfiriese su poder a Alfried. Era una mujer de carácter y convicciones. ¿Por qué, entonces, no hizo valer sus derechos? Hacer esta pregunta implica conocer muy poco acerca del carácter de Bertha y del Reich en el que vivió. A ella jamás se le habría ocurrido rebelarse contra el patriarcado alemán. En la novela de Gabriel Fielding acerca de los Krupp, «*die Frau Kommerzienrat*», como la llama a ella, se preocupa por la inclinación de su hijo hacia el nazismo. Al barón de la novela ella le confiesa: «Alfried es algo diferente. Incluso cuando era niño...». Pero no va más allá, y nunca pasa por su mente el inmiscuirse en la administración de la empresa de que es propietaria, aun cuando los

campamentos de esclavos cubren las tierras en torno al castillo familiar. Cuando Bertha estuvo visitando a Gustav en la prisión de Düsseldorf, junto con el barón Von Wilmowsky, su único pensamiento, como mujer alemana, fue animarle. Tilo relata: «Con lágrimas en los ojos, su esposa le aseguró que había demostrado ser digno de sus antecesores» *(dass er der Vorfahren würdig sei)* (42).

Cuando se inició su año setenta y dos, la paz le llegó por fin en su existencia. Cierto es que Alfried se hizo más retraído después del divorcio, pero su madre no echaba de menos a Vera, y los detalles del juicio y el acuerdo monetario subsiguiente fueron cuidadosamente ocultados en el número 10 de Berenberger Mark. Reinaba la tranquilidad por todas partes. El genio de su hijo había devuelto a la Firma su antigua opulencia y poderío. Berthold y Harald volvían de sus viajes de negocios contando el afecto que en la Bundesrepublik se sentía por la familia. Sus hijos, su hermana, su cuñado, dos cuñadas, y la última generación, rodeaban su casa de ladrillos rojos, y en las mañanas de sol se dedicaba a pasear por los espléndidos jardines de Hügel Park, para después tomar el té con Bárbara debajo de la gran fronda de la haya roja, en torno a la cual habían jugado de niñas, y detrás de donde se ocultaran cuando Marga Brandt las buscaba frenética. Si en ocasiones el Ruhr se hacía aburrido, los hijos de Bertha se retiraban a sus propiedades en otros lugares: Alfried iba a Blühnbach; Irmgard, a Gildehaus, carca de Hanover; Berthold a Obergrombach, en las afueras de Karlsruhe, y el joven Arnold von Bohlen a una finca que ahora se hallaba vacía porque éste se disponía a ingresar en el Balliol College, de Oxford, siguiendo los pasos de su tío abuelo, el barón Von Wilmowsky, de su primo Kurt von Wilmowsky, y de su propio padre, Claus, que recorriera la High Street en compañía de Hans Adenauer, mientras el general von Seeckt y Gustav Krupp perfeccionaban la maquinaria que arrollaría a Francia en el primer cumpleaños de Arnold (43).

Waldtraut estaba tratando de hacerse con una finca de descanso, y si bien Harald llegó demasiado tarde para poder disponer de una de las mansiones campestres de la familia, halló refugio en sus aficiones. Alfried, el héroe de su niñez, aún era su ídolo, y le imitaba conscientemente adquiriendo un «Porsche» hecho por encargo, un conjunto de cámaras fotográficas de alto precio, un avión y una licencia de piloto civil. Berthold, en cambio, había vendido su «Porsche». Siendo el favorito de la generación más joven de Essen, conducía su propio «Wolkswagen» y se burlaba a veces de la tradición familiar, como cuando contrató a Johannes Schröder, después de haberle despedido Alfried lleno de irritación.

Bertha se sentía más unida a las generaciones más antiguas de Essen, a las viudas, a los enfermos. Los Kruppianer que tenían un problema, solían escribirle y nunca dejaban de tener contestación personal de ella. Beitz estaba lejos, en viaje de negocios, cuando su esposa fue llevada rápidamente al hospital Krankenanstalt, de Krupp; Bertha, que se hallaba hablando con unas enfermeras allí mismo, estaba al lado de Else antes de que los médicos hubiesen preparado el quirófano, y aún se encontraba en el hospital cuando el alarmado Beitz llegó corriendo a ver a su mujer, que ya estaba convaleciente. Pero estas situaciones, de emergencia o trágicas, eran raras. Bertha lo pasaba mejor recordando a los desheredados, cuando otros los olvidaban. Todas las mañanas se situaba ante la trabajada y antigua ventana del salón delantero, se colocaba en la cabeza uno de sus sombreritos, mediante un largo alfiler, y luego de un severo examen ante el espejo, se marchaba a visitar a otras mujeres, que, como ella, solían vestir de luto (44).

A las 8,30 del 21 de setiembre de 1957, un día grisáceo, se levantó de

tomar el desayuno con especial buen humor. Cinco semanas antes, Alfried había cumplido los cincuenta años. Una edición especial del *Krupp Mitteilungen* fue dedicada a su cumpleaños. Gert von Klass escribió un artículo biográfico comenzando con el memorándum que Gustav envió a sus directivos a las dos y cuarto de la tarde del 13 de agosto de 1907, anunciando el nacimiento del siguiente Konzernherr, para citar luego el triunfo de Alfried al superar las injusticias del Tribunal de Nuremberg. Los fotógrafos mostraron a Krupp hablando a los directores de las compañías subsidiarias de la empresa acerca del tema más importante de 1957, año que fue llamado *Jubeljahr* (del jubileo) en su honor. Salía también una foto de Alfried, Bertha y Arndt, en cuyo pie se leía «*Drei generationen Krupp*», y para Bertha fue un motivo de gran satisfacción encontrar esa foto en un marco que colgaba en las paredes de la salita de las viudas Kruppianer que visitaba. Mientras se ponía el sombrero, comentó con su criada las visitas que pensaba hacer en ese día (45).

Pero no llegó a hacer ninguna. El chato sombrero estaba ya sobre su cabello blanco, y se disponía a introducir el alfiler, cuando se desplomó sobre la alfombra. Llena de alarma, la criada llamó al hospital, y trató de hallar a algunos familiares. Alfried y Harald estaban de viaje, y el propio Berthold se encontraba bastante enfermo, de un ataque al corazón. Comenzaba a mejorar, pero la afección a las coronarias de su madre, en cambio, resultó fatal. Bertha permaneció dos horas inconsciente, entre el médico y la sirvienta, antes de morir. En ese momento se oyó un rumor en la grava del caminillo, y Berthold Beitz entró rápidamente. El médico acababa de cruzar las manos de Bertha, cubriéndole el cuerpo con su chal negro preferido (46).

Cuatro días después, mientras su ataúd descansaba en el gran salón del castillo entre un mar de flores procedentes de casi todas las capitales del mundo, Alfried se encerró en su antiguo despacho de paredes tapizadas de cuero, y escribió:

> «*Nach einem gesegneten und vielen Prüfungen unterworfenen Leben entschlief am 21 September 1957 im 72 Lebensjahr...*»

> «Tras una vida ejemplar y sujeta a numerosas vicisitudes, el 21 de setiembre de 1957, cuando tenía 72 años, ocurrió el deceso de
>
> Frau
> Bertha Krupp von Bohlen und Halbach
> nacida Krupp»
>
> »Para nosotros fue siempre una madre cariñosa y comprensiva [*die gütige, immer verständnisvolle Mutter*] el amado consejero familiar, y la luz que guiaba nuestra casa.
>
> »Con su gran dignidad humana e inalterable paz interior, se mantuvo, aun en las épocas más difíciles [*auch in den schwersten Notzeiten*] incólume ante el paso del tiempo, y fue ejemplo e incentivo para todos nosotros.
>
> Profundamente afligido,
> (por la familia)
> Alfried Krupp von Bohlen und Halbach»
>
> »Los servicios religiosos tendrán lugar el miércoles 25 de setiembre, a las once, en Villa Hügel. El entierro se llevará a cabo inmediatamente, sólo en presencia de los familiares inmediatos.
>
> »Al mismo tiempo, la urna conteniendo las cenizas del doctor Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, que ha sido traída a Essen, será igualmente inhumada.» (47).

Los criados de Villa Hügel pusieron a media asta las diez banderas de Krupp que había en los mástiles exteriores, y las once que ondeaban en el techo. Vestida de negro, Bertha yació en un féretro abierto durante ocho horas; parecía que toda la población de Essen había acudido a despedirse de ella. En filas de a cuatro, lentamente desfilaron ante el ataúd. Esa tarde, por vez primera, un antiguo Kruppianer descubrió que la muerte de Bertha había dividido literalmente a los Krupp de la Alemania prenazi. En la pared oeste del salón colgaba un retrato que representaba la conmemoración de los veinticinco años de casados de Bertha y Gustav. Al cabo de una hora, el cuadro se convirtió en la obra de arte más famosa del Ruhr. El jubilado observó que trazando una línea imaginaria sobre la tela, podían separarse a un lado los seres vivos, y al otro lado los que habían fallecido. Estos eran Claus, Eckbert, Gustav y ahora Bertha. En la otra parte se hallaban los supervivientes: Alfried, Berthold, Harald, Irmgard y Waldtraut. Hasta que la muerte de Alfried deshizo la simetría, la implacable división siguió ejerciendo un morboso hechizo sobre los Kruppianer, y todos los domingos, durante las horas de visita, asombrados visitantes trazaban con un dedo la línea divisoria sobre el cuadro, evocando sin querer las escenas de Auschwitz, en las que los condenados a morir eran dispuestos a la izquierda, y los que trabajarían para Krupp se situaban a la derecha.

A la mañana siguiente, justo cuando daban las once —como Gustav lo hubiera deseado—, comenzaron los servicios fúnebres. A comienzos de aquel año, Alfried había terminado la construcción del cementerio familiar que lindaba con el parque de Hügel, y el cortejo fúnebre descendió lentamente por las calles de la colina que recibían el nombre de miembros de la familia; así pasaron por Waldtrautstrasse, Arnoldstrasse y Haraldstrasse, se encaminaron al oeste, por Eckbertstrasse y luego al norte por Kruppallee, hasta el plácido y vallado cementerio situado en Westerwaldstrasse. Arndt se hallaba junto a su padre; Anneliese llegó de su retiro en Tegernsee para estar con ellos. Con voz vacilante y casi inaudible, Bárbara susurró su último adiós, leyendo unas notas que había escrito bajo la fulgurante haya roja, al amanecer:

«Unvergesslich ist sie von uns gegangen.
Möge aber Frau Berthas Geist fortleben in Werk und Familie.
Das wollte Gott.»

«Inolvidable ha dejado ella nuestro seno.
Que el espíritu de frau Bertha perdure en su trabajo y su familia.
Así sea» (48).

Se retiraron los asistentes a la ceremonia, y el guardia volvió a ocupar su puesto en la puerta de la pequeña necrópolis. Unos peones pasaron rastrillos por el granito rosado de los senderos; los jardineros siguieron podando los arbustos, y unos hombres comenzaron a cubrir de tierra, con sus palas, el ataúd. Junto a él se hallaba la urna que contenía las cenizas de Gustav. Cuando las palas hubieron completado su labor, se colocó encima una losa de mármol negro, sobre la que habían grabado la siguiente inscripción:

«Gustav Krupp
von Bohlen und Halbach

7 August 1870-16 Januar 1950»

«Bertha Krupp
von Bohlen und Halbach
Geb. Krupp
29 Marz 1886-21 September 1957.»

El alto monumento negro alzado en memoria de *A. Krupp, 26 April 1812 - 14 Juli 1887*, dominaba el conjunto. Los alemanes, con su amor por los símbolos no dejaron de notar que Gustav, por su parte, nació el mismo día en que Napoleón III, vencido por los cañones de acero de Krupp, ordenó la retirada de todo el ejército francés hacia Châlons, donde, según las palabras de un escritor, «volvió a su cuartel general en estado de colapso moral y físico». Se había dado cuenta de que «el imperio se ha perdido». Según las palabras del profesor Michael Howard, «con la decisión que tomó en la estación de ferrocarril de Metz, en la mañana del 7 de agosto, Napoleón reconoció su derrota» (49).

Pero la fecha no aparece reseñada en la lápida de A. Krupp. Desde su increíble altura, puede verse, a un lado, sólo la blanca losa en memoria de los restos perdidos del padre de Alfred, y en el otro lado, la cripta del hijo del gran Kanonenkönig, adornada con *die drei Ringe*. Con un antecesor débil, y un hijo corrompido, tal vez resulte comprensible que el túmulo del amo resulte impresionante. Sin embargo, la impresión mayor de desagrado no surge de la ausencia de lápida ni de cripta, en el caso del Gran Krupp. En parte esa sensación es el resultado de la disposición del lugar: el camino se dirige hacia el oeste, y los tulipanes, pensamientos y otras flores plantados en torno al monumento por encima del enjuto esqueleto de A. Krupp, se hallan dispuestos de tal forma que su fantasmal morador parece estar contemplando airado hacia la doble losa. Es como si el *Grossvater* fuese incapaz, incluso en la muerte, de perdonar a Bertha por haber sido mujer.